

30. Dharma y Lavap 30



Crema de Oro

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia a esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la **Crema de Oro** se encuentra preparada para competir en hermosura con las mas bellas...»

Boticas y Perfumerias

Francois Saint Bonnet
Parfumerie, PARIS



El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cuál es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

El Prof.—¡Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver.

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demas enjuagues, lo que se evitaría tomando antes de cada comida una copita de

Cinzano

He ahí la economía.

—¡Aprobado!





Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, 1122

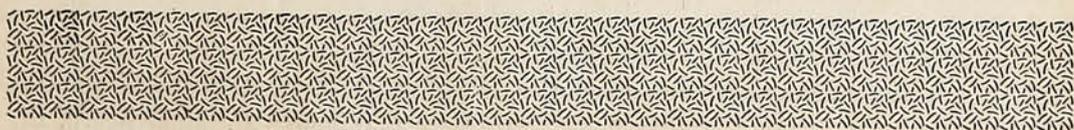
EJECUTA TODO TRABAJO

◇ DE IMPRESIONES Y ◇

ENCUADERNACION. ◇ ◇

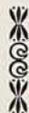
PRECIOS EXCEPCIONALES

RECIBE ORDENES DE PROVINCIAS





**PLUMA
Y
LAPIZ**



Suscripciones: 1 Año	\$	15.00
Al extranjero	»	20.00

Para suscripciones, avisos, informaciones, dirigirse al señor *Arturo d'Alençon*, Administrador de PLUMA Y LAPIZ, casilla 1684, Santiago; y al señor *E. Montenegro*, EL MERCURIO, en Valparaíso.

PLUMA Y LAPIZ

SEMANARIO DE ARTE

ADMINISTRADOR
Arturo D'Alencon

DIRECTOR
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO
Cristóbal, Fernandez

PRIMER REDACTOR
Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443
□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,
□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 16 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 5

Certámenes literarios⁽¹⁾

Tarde, mal y con bastante retraso han dado por fin su fallo los jurados del certamen literario del Consejo de Letras. Como se supondrá los descontentos forman falange. Y lo más curioso es que han hecho su nido bajo el alero de la indignación, como sería humano y lógico, no solo los derrotados, sino que también ¡asombraos de ello! «les inmortels», los consagrados con el clásico laurel heleno.

Ahora cabe preguntarse los motivos de semejante indignación. Ellos son muchos y muy variados. En primer lugar, en el tema crítica, parece que han ocurrido cosas misteriosas y de suma gravedad, que ya van saliendo á la superficie, como los restos de un naufragio, en violentos artículos de diarios.

En segundo lugar, los «honrosos mencionados» andan por ahí luciendo unos rostros que les llegan hasta el último botón del chaleco y chillan más que un pato que han desplumado vivo. Y es natural. Las menciones honrosas, siempre han sido lo contrario, es decir, son menciones que deshonoran, por aquello de que hacen pensar en la casualidad, en la aplastadora casualidad, en la escapada milagrosa.

Eso es decirle á un escritor: «usted no tiene talento para escribir esto pero, como es un hombre viejo y no es conveniente evidenciarlo y además ha gastado tanto calzado, le damos este caramelo de la mención para que no lllore.»

Por nuestra parte siempre hemos creído que los jurados no están preparados para juzgar literariamente á la actual generación. La mayoría de esos honorables caballeros, son todo lo honorable que se quiera, pero con un apellido un sí es no es de origen azul, no se puede juzgar á la nueva generación compuesta exclusivamente de gente que no tiene otro abuelo que su talento. Sus audacias y rebeldías lo prueban fehacientemente y para ello no necesitan escudarse en el estúpido clasicismo de Cervantes ni en las añejeces del soporífero siglo de oro.

Bueno es ya que se haga una campaña en favor del nombramiento de jurados entre los mismos jóvenes escritores, que están bastante preparados y que no escudan su impotencia intelectual tras la montaña granítica de lo clásico—la palabra abominable.—MARTIN ESCOBAR.

Cada autor se hace responsable de sus juicios.

La Dirección quiere con ello dar entera libertad de pensamiento á los redactores de PLUMA Y LAPIZ cualquiera que sean sus tendencias literarias.

EN VÍSPERAS DEL BAILE

«Alma, ignara de tí misma, que irás al baile á ejercer el comercio del placer, cuán inconsecuente eres con tu propia esencia, al desdeñar una vez más tu contemplación interior y sus abstracciones sublimes, por el efímero aturdimiento de unas cuantas horas de embriaguez sensual y vanidosa!

«Vives hace ya mucho sin querer comprender—lo he leído alguna vez en tus ojos, diáfanos como turbias cisternas aclaradas de tarde en tarde—que ningún goce social humano vale lo que un divino minuto de descenso y viaje dentro del valle interior, que riegan nuestras mismas fuentes de vida, y que halaga la brisa sideral de los besos de alguna alma gemela.

«En infinitas ocasiones has removido las arenas marginales del arroyo de tus ensueños, y nunca te has detenido maravillada y largamente á ver el reflejo de los átomos de oro que entre ellas brilla al sol de tu juventud. Has hecho como ciertos turistas que, al mirar los arreboles de un crepúsculo de sangre y el vuelo lloroso de las aves marinas, olvidas, por generalidades remotas, el tesoro más próximo extendido á sus piés sobre la playa. El «sabio», sin desdeñar el orbe externo distante, prefiere más recoger la dádiva natural que está á su alcance inmediato (dentro de sí, consigo, pensemos), y acariciarla con los ojos contemplativos del análisis filosófico y de la profunda delectación artística.

«Olvidas ó desconoces una vez más que toda la verdad y la belleza suma residen solamente en aquellos elegidos de sí mismos, que aprendieron en el tráfico de la sociabilidad—siempre menguante de lo

secreto—á ser fuertes en su propio concepto y capaces de admirar en sí la obra maestra, en la Tierra, de la prodigalidad procreadora de la Naturaleza, ponderable ó imponderable para nos.

«Bajo la inevitable máscara histrionésca que mostramos al mundo circundante, nuestra íntima ingenuidad conmovida sólo se revela á nosotros mismos, los únicos capaces de aquilatar justa y exactamente nuestra arcana idiosincracia, la guirnalda de pensamientos, recuerdos y previsiones enfilada desde nuestra cuna hasta nuestro sepulcro, y «lo porvenir»...

«Mírate bajo tu saya tradicional, tegida con los aávicos prejuicios, y vé tu divina desnudez en todo su magistral esplendor; adora las líneas ideales tuyas, Alma, jamás repetidas en la eternidad; y sabes que eres bella, soberanamente bella, sin necesitar que nadie, fuera de tí, idolatre contigo tu belleza, que tan solo tú eres digna de comprender pura é intensamente. Esto es tan sencillo y tan admirable como el canto de las aves canoras, que se bañan en su propia armonía, éxtasis reservado á raros privilegiistas del Destino...

«Alma, procura volver en tí y ser más consecuente contigo misma, con tu propia esencia; y no desdeñes tu contemplación interior, y sus abstracciones sublimes, por el efímero aturdimiento de unas cuantas horas de embriaguez sensual y vanidosa».

ALLAN SAMADHY.

UNA MARITORNES

Morena bravía y sólida,
sin lujos y sin historia,
llevas el campo en el alma,
la ciudad en la cabeza.

Ulpo, leche, agua del río
—cuando estás en la taberna—
resucitan en tus vasos
con nostálgica belleza;

y tus ojos ciudadanos,
de hembra obscura, firme y nueva,
se cierran con un ensueño
de remembranza y de pena.

Tus sensualismos son sanos
como tu piel y tus venas.
La maternidad ansías
¡y vives como ramera!

Y en los lechos mal pagados
donde el goce apuñalear,
rezas tu oración antigua
olor á ruca y á selva.

ALBERTO MORENO.

En Valparaiso.

CITA GALANTE

Del sub-título "Liturgias Profanas"

En el Jardín Zoológico, donde en la tarde quieta
con selvas africanas sueña un orangután,
yergues tu busto grácil, y cruza tu silueta
por la glorieta amable del viejo restorán.

La cita nos aguarda. La penumbra es discreta ...
Se hunde inefablemente tu cuerpo en el diván,
y abrasados de una ansia febril que nos inquieta,
nuestras manos se juntan, nuestras bocas se dan...

Mis labios temblorosos te musitan un ruego,
mis labios febricientes, donde pones el fuego
de tu boca golosa que muerde cuando besa...

Tu alma inquieta es una ánfora de impúdicos
[amores,
y entre mis brazos tiembla con lascivos temblores
tu carne fresca y sana de joven satiresa...

JULIO MUNIZAGA OSSANDON.

UNA REPETICION DE MARATON EN PRAGA



Un grupo de hoplitas.

RUMBOS LITERARIOS

Muy estimado poeta y amigo:

Diez veces me he sentado a escribirle emocionado por sus versos, que he leído mucho; pero en esta vida que llevo no me ha sido posible sentarme tres ó cuatro horas, que es lo menos que podría dedicar al buen poeta y cariñoso compañero. Me decido, pues, a ser cortó, cosa que me duele mucho, porque sus versos me han hecho sentir y pensar largo.

Lo he leído con pena y con verdadero afecto. Creo haberlo comprendido. El estado de su alma no es envidiable, lo digo por experiencia propia; pero pocos podrán decir que lo han cantado con igual nobleza y fuerza artística. Hay composiciones suyas, estrofas, versos sueltos, que reve an al verdadero poeta, y que con perfecto derecho pueden contarse entre lo mejor que se ha escrito en nuestra tierra donde, dígame lo que se diga, no han faltado ni faltan verdaderos poetas. Aunque no faltan en Ud. artificios y alambicamientos de forma y de concepto, cuánta sencillez y nobleza en sus gritos íntimos, en su estilo altivo y conforme á la vez. Siempre que Ud. ha olvidado sus lecturas extranjeras y se ha entregado á los impulsos de su alma, su canto adquiere vibración y forma llenos de esa fuerza comunicativa propia del verdadero arte y de más humana inspiración.

Sin embargo Ud. no nos reveló su «misterio oculto», cosa que comprendo, ya que las fuentes mismas del dolor y de la amargura, en un poeta como Ud. deben haber estado mezcladas de elementos más que tristes y cuya desnudez no interesa al arte. La poesía dolorosa, cuando brota clara y sincera, es más que confesión,

purificación, alivio, y cuando el pesimismo no la sofoca, constituye siempre un verdadero encanto y algo como un consuelo para los demás. He ahí el misterio oculto cuya revelación interesa al arte y no hace repugnante el dolor ajeno. Hay que ser sincero y, sin pretender encallar la exposición de las propias miserias con las claridades repugnantes del cinismo, cantarlas con nobleza y piedad por sí mismo y por los otros. Me parece que este es el gran escollo de la poesía propiamente personal y dolorosa. El estoicismo es difícil de alcanzar para el hombre de pasión; pero el poeta, profundamente herido, que llega á contemplarse con piedad a sí mismo, como si fuera la humanidad misma la que se inclina á acariciar su corazón; ése obtiene un gran triunfo lírico y tiene asegurada la inmortalidad de sus lágrimas. Ud. alcanza este triunfo, en ocasiones; pero aún domina la nobleza de sus quejas una cierta atmósfera de soberbia que, en vez de atraerle la simpatía ajena, lo coloca, con frecuencia, delante del alma humana (que es la suya, la nuestra) como un adversario y un acusador. Todos los grandes poetas que han llorado dolores propios ó ajenos, han sido considerados y queridos por

la humanidad como los más puros reveladores de ese fondo de piedad y de consuelo en que la soberbia humana desgarrada por la fatalidad, busca al fin su alivio. Ningún hombre goza contemplando sus penas al desnudo, en el alma de los otros. Lo que uno deseara ocultarse á sí mismo, con más razón nos choca expuesto por los otros. En cambio las lágrimas viriles, ennoblecidas por la conformidad, por la grandeza del alma, por la ternura, vengán de donde vengán, nos



Bailarinas checas en túnica griega.

fortalecen y nos purifican, aunque también nos hagan llorar. Si esas lágrimas son can tadas y ennoblecidas de luz y de armonía, el llorador se llama poeta. Si ellas engendran una vida pura y divinamente ejemplar, el triste se llama santo. El dolor, en ambos casos, es el más alto y admirable de los apostolados.

Ud. es orgulloso é incoforme, y en su espíritu luchan esas dos fuerzas cuya coexistencia constituye tal vez el más amargo de los dolores: la soberbia y la (sagesse). Mientras domina del todo el alma la primera, se vive en un estado de contento lleno de excitación, que no tiene más defecto que el despertar, que es atroz, sobre todo para un alma rica en pasión y en sueños. También se vé en el fondo de su vida un légamo de miserias morales, que aún lo arrastran á Ud. hácia abajo y no dejan entera libertad á sus nobles impulsos, que se adivinan poderosos y capaces de triunfos. El solo hecho de que la lucha exista lo salva á Ud. , como diría un evangelista. He ahí su oculto misterio; ennoblézcalo, póngalo en claro, cántelo y será Ud. el poeta.

Ud. ha nacido artista y ya debe bastarle el buscar su secreto en las revelaciones de los otros, por grandes que sean. A Ud. le toca crear ahora. Saque al día esa alma, tal como es, sin culpar á nadie ni siquiera á sí mismo. Desentiéndase de la vanidad literaria y cante para sí mismo, que así tendremos la verdadera obra que Ud. se debe: la viva y la universalmente humana.

¡Qué profundos y qué admirablemente bellos son los dos versos de Errázuriz (1) que Ud. ha puesto á la cabeza de su libro! No los conocía yo y le agradezco la revelación. Esa «ropa de verdad» de que habla ese gran pecador y hombre de genio que fué Errázuriz, es la que no sólo todo hombre sino todo poeta sincero debe revestirse. Lá stima grande que la decisión no llegue sino á la hora undécima para la mayor parte de nosotros. Ella revistió á Verlaine de un manto transparente y casi divino á la hora de «Sagesse» é hizo que se perdonara á todo un Oscar Wilde, cuando el dolor horrible le arrancó su «De Profundis».

Pero esta verdad de que habla Errázuriz, no está sólo formada de sinceridad y de dolor para el artista, sino también de serena armonía y de esa separación de sí mismo que hace del poeta dos personas: la que lucha y debate en medio del circo, y la que confundida, por arte supremo, con la humanidad contempladora, se ve á sí misma allá abajo, sola y sometida á todas las bajas fuerzas del destino. Ese es el milagro del genio, que coloca á éste sobre la masa infinita de los demás hombres y hace de un poeta un héroe y de los más grandes, semi-dioses.

En mis largas soledades, lejos de mi tierra, de los míos y de la única naturaleza que siento y comprendo, leo constantemente y con pasión, las obras de ese pequeño grupo de hombres ó superhombres del arte,

tratando de descubrir en ellos ese misterio oculto que hizo de sus autores unos poetas colosales y seres de humanidad más que hombres. Todos sufrieron intensamente, no sólo los dolores comunes y familiares á todo animal humano, sino también las amarguras de pueblos enteros y aún los de lo que en sus tiempos era considerado «Humanidad». Algunos fueron desgraciados hasta donde puede serlo en el mundo; los hubo ciegos, perseguidos, desterrados, locos, miserables y vagabundos, y cosa de milagro que educa á quien lo comprende más que cien vidas de estudio y trabajo, ninguno se quejó un instante, ninguno lloró sus propias lágrimas, aparentemente, ninguno insultó á la humanidad, ni maldijo del destino; se diría que fueron seres de círculos más elevados que bajaron á encarnarse en cuerpos tristes y desgraciados. Ud. los conoce á todos. Esquilo, Sófocles, Dante, Cervantes, Shakespeare, Homero. Los santos lloraron sus miserias propias, como líricos del Bien. La generalidad de los grandes poetas inferiores, han retratado sus propias miserias y las de un grupo de hombres en sus obras. Los demás grandes hombres lo son por sus acciones buenas ó malas, por su genio bondadoso ó maléfico; pero el gran manto de verdad, sólo lo han llevado, con maravilloso espíritu de sacrificio y de olvido de su propia carne, esos ocho ó diez supremos desprendidos que en el momento de cantar se desnudaron aún de ese manto y lo echaron sobre los hombros de la humanidad entera, para beneficio suyo y gloria eterna de ellos. Qué lección, amigo mío! Y nosotros queremos entristecer al pequeño grupo que nos rodea, y que apenas nos lee, con el cuadro al vivo de nuestras llagas morales, como esos pintores de cuarto orden que, dueños de un talento relativo é incapaces de producir la belleza superior, pintan desnudeces repugnantes ó apetitosas para excitar la sensualidad del público.



UN NUEVO MONUMENTO.—La anexión de Saboya á la Francia, inaugurada en Chambéry el 28 de Junio último.

Purifique su inspiración que, según se ve en varias de sus composiciones, es de noble estirpe y tiene tendencias hacia lo grande y épico. Iguálela, porque á veces comienza Ud. á volar con el ala

tendida, como en aquel

“Batid, olas furiosas,
el barco que la airada tromba empuja”

y decae en seguida de ese admirable tono... olvidese de los filósofos, de las ciencias, de las teologías y filologías y aún, si es posible, de sus recuerdos ingleses é italianos y escriba Ud. para ser citado á su vez.

El poeta es siempre, por feliz que parezca, un desgraciado y su mérito mayor es saber llevar su desgracia con nobleza é independencia, como lo vimos en aquél Pedro González que Ud. canta con profundo sentimiento y que fué como el maestro espiritual de todos nosotros. Ud. ha amado hondamente y ha sufrido más aún: posee las dos alas con que vuela la verdadera inspiración. Aprovéchelas, dé sinceridad é igualdad á su estilo y á su lengua y trate de olvidarse de sus miserias secundarias y de las del pequeño mundo que lo rodea y talvez lo incomoda. Mate ese

(1) “Llega un día seguro en que reviste” su ropa de verdad toda existencia.

Socialismo de pequeña tribuna, que es hoy la peste de la poesía y generalice, sin hacer hincapié en las miserias económicas ó electorales, que son del resorte de los tribunos populares y de los bardos de baratillos. Todo esto me atrevo á decirselo con franqueza, porque al hablarle á Ud., me acuerdo sobre todo de mí mismo, egoísmo que Ud se explicará perfectamente.

Resucite sus ternuras, que una vida de sensualidad puede haber adormecido. Tenga compasión de sí mismo y la tendrá de los demás. No alcanzará Ud. la felicidad por este camino; pero la felicidad no existe y el saber conformarse con este mal y cantar virilmente esta conformidad, es la gran dicha á que puede aspirar el poeta. El mal está en sentir y adivinar mucho; pero estos dones son el riego terrible de la gloria poética y hay que aprovecharlos.

¿Se ha leído el último libro de Enrique Rodó, el Proteo? Esa obra le hará bien. Es una creación maestra de la literatura de nuestros días y, más que eso, una exaltación de la voluntad y de la conformidad que, á pesar de sus defectos filosóficos, nos hará bien á todos. Búsquela ó pidasela á Montevideo y no se arrepentirá de conocer al gran pensador y poeta que es ese Rodó.

Perdóneme que no le detalle todo lo que en su libro me ha gustado más. Lo dicho le bastará para saber á donde van mis preferencias.

A propósito de González ¿dónde están las últimas producciones de ese querido poeta? Yo sé que se las dejó encargadas á Marcial Cabrera Guerra. Este pobre amigo ha caído y no está en estado de dar cuenta de ellas. No concibo cómo no se han reunido aún para publicarlas, separadas ó en una edición completa de las obras de González. Hay entre ellas una

serie de pequeñas composiciones que son obrisat maestras de sentimiento y belleza. ¿Por qué no se empeña en que sean reunidas? Garnier, en París, me prometió que las publicaría y esto sería talvez la mejor resolución del asunto.

Yo escribo hoy poco, pero procuro que lo que hago sea lo menos imperfecto posible. No me atrae ya la publicidad y me contento con trabajar sólidamente y dentro de las tendencias á que obedecen las páginas anteriores de esta carta. No abandono el amor entusiasta de mi país y de la naturaleza, y sus defectos y miserias naturales los veo desde lejos con cariño y emoción filial. Trabajo con calma un poema en que procuro poner toda mi alma de hombre y de chileno, especie de confesión del corazón y del cerebro, dirigida al único séi en cuya intimidad encuentra un hombre el máximun de satisfacción y de entusiasmo: la Patria, el rincón en que se ha nacido.

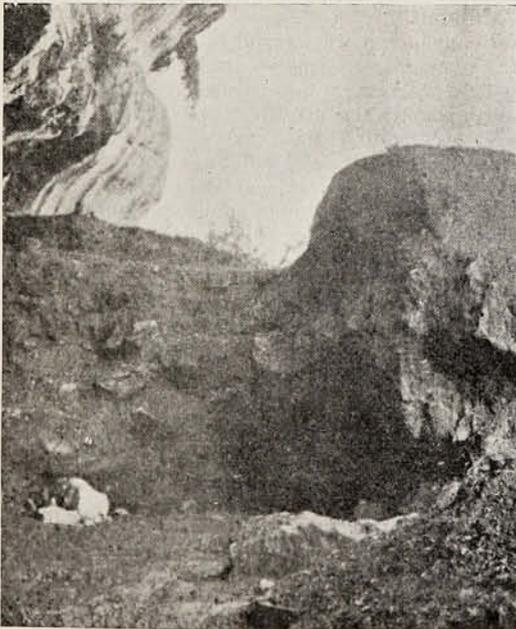
No puedo mandarle hoy un volúmen mío porque no tengo ninguno, lo pediré á París y se lo remitiré cuanto antes. No sin temor, por lo demás, porque cada día desconfío más de todo lo que he escrito.

Mil gracias, pues, por sus buenos recuerdos y no olvide escribirme de cuando en cuando. En Europa la poesía no lleva hoy ningún rumbo fijo. Ningún poeta grande se presenta. En España Ruben Darío ha conseguido decadentizar á los buenos españoles, moviendo superficial y sin ningún alcance que entretiene á los peninsulares con ilusiones de renacimiento.

Saludos para los amigos y de nuevo para Ud. mis felicitaciones y votos de tranquilidad y trabajo.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA.

BAJOS-RELIEVES PREHISTÓRICOS DE LAUSSEL (Dordoña.)



La cueva donde se han descubierto las preciosidades antiguas.



Una figura esculpida en la roca viva, que representa una mujer con un cuerno de bisonte.

Al margen de los libros



LAS IDEAS ESTÉTICAS DE VALLE INCLAN

Don Ramón del Valle Inclán odia todo lo que no sea arte puro, arte noble arte aristocrático. Sus gustos son selectos hasta la bizzarria. Su literatura es única, inconfundible. Lo que en su manera de escribir pueda haber de insólito, responde á un proceso largo y lento de comprensión y de estudio. Como Barbey d'Aureville abomina de la democracia y de aquellos que se erijen en sus malos pastores. Si de Blasco Ibáñez se trata dirá que es un aventurero levantino. En cambio, admira á Pío Baroja y á don Carlos de Borbón. Un día sentó plaza de carlista como su don Juan, feo, católico y admirable. Desde el mas alto rincón de su orgullo desprecia la plebe, la política, la crítica y la vulgaridad de la civilización actual. Si antaño, en un antaño ya quimérico, vivió horas amargas como soldado, como fraile trapense ó como bohemio, hoy hay quienes aseguran que un glorioso ancestro suyo se llamó el muy ilustre Marqués de Bradomin. Su triunfo del presente está amasado sobre la amargura de un ayer triste: ¿no hablaba él mismo en una de sus sonatas maravillosas de «las crueldades de una vida que fué toda de luchas?» Sin embargo, apuntan en esa jornada tales florecimientos de ensueño y tal altivez aristocrática que las angustias pasadas afirman los vuelos caudales del momento y del futuro. La conciencia de su arte de hoy descansa sobre la conciencia de su vida de ayer. Siempre el artista fué él mismo, un anacrónico mantenedor de bellos gestos. Así, al recordar sus primeras tentativas literarias ha dicho: «Me complacía dolorosamente la obscuridad de mi nombre y el olvido en que todos me tenían. Hubiera querido entonces que los libros estuviesen escritos en letra lombarda, como las antiguas ejecutorias; y que sólo algunos iniciados pudiesen leerlos. Esta quimera ha sido para mí como un talismán. Se pensara de un docto bolandista ó de un monge artífice, un Fray Juan el de Segovia, enamorado sincelador del oro de su ensueño. Como nadie ha amado él esa «Moyen Age énorme et délicat» entrevista por Verlaine. «Hay que remontarse á la Edad Media—le decía en cierta ocasión á Francisco Contreras—para encontrar la tradición autóctona y la lengua pura».

Valle Inclán cultiva su arte en el aislamiento de un credo estético independiente de todo influjo. Sus novelas marcan una época nueva en la literatura contemporánea. Las Sonatas valen por toda la literatura española de la primera mitad del siglo XIX. No tienen parentesco ni entroncamiento con obra alguna de las letras castellanas. Tan sólo un Huysmans en Francia ha realizado el milagro de una renovación análoga. Más, á pesar de toda esta novedad que entraña la literatura que ya se puede decir valleinclanesca, y de los claros rumbos que indica, el auto del «Romance de Lobos» no ha didactizado nunca. Odia los manifiestos y los alardes pontificales. De pretenderse buscar sus gustos y sus opiniones, fuerza es recurrir á los recuerdos cogidos de paso en su charla íntima ó á sus conferencias dichas en América. Ellos esplican los recursos de su estética.

Don Ramón ha intentado conciliar los juicios más contradictorios sobre el tan decantado modernismo, estudiando de como los artistas han pretendido valorizar en él solamente lo que hay de pasajero, de frívolo y menos trascendente para él «modernista es el que inquieta»; el que busca en el espíritu de las cosas lo que en ellas hay de eterno y de divino; modernistas son los que, ante todo sienten por emotividad y no encuadran sus obras dentro de reglas ó preceptos absolutos ó más ó menos acomodaticios. «Modernista es—dice Valle Inclán—el que busca ese gesto misterioso que alienta en todas las cosas, que va tras de la emoción de lo infinito». El busca la característica del arte moderno en la emoción que no excluye por cierto del todo el apoyo de la buena preceptiva, de las reglas como razón secundaria, pues ellas «pueden ser inmutables»; lo perfecto estribaría en saber combinarlas. He ahí el primer alcance universal de su estética: el artista no debe desdenar la tradición literaria, el clasicismo por ejemplo, que valoriza especialmente la fualidad estética mediante el apoyo de la retórica: arte frío, imposable, hierático ó estruendoso y arrebatado, pero correcto. Valle Inclán busca en él lo eterno, lo inmutable, ese «vivo anhelo de la personalidad», que caracteriza las grandes obras. «No hay pues, más que una regla—dice—y un precepto, la emoción; es decir, «que la emoción sea lo que para los griegos representaba la gracia, una condición que realce las cosas bellas». La *sophrosyne* de que hablaba Platon.

Tal concepción rechaza el imperio naturalista: el prurito meticuloso que se desvela escudriñando la forma de las cosas y no ahonda en la impresión que ellos dejan en el alma del observador. Es por esto que Valle Inclán afirma que el verdadero procedimiento descriptivo debe tener por norma el recuerdo. «para sentir la emoción—esplica—hemos de tener en cuenta cuando recordamos: nada es como es, todo es como se recuerda». De tal modo un novelista que comprende tan profundamente la trascendencia estético—sintética de esta manera de componer, no puede menos que abominar de cierta literatura descriptiva cuyo mejor empeño se traduce en un afán detallista desharmonizador. Es preciso ser sintético y preciso es vaciar en los moldes del estilo la esencia de las cosas, el alma eterna de lo animado. Si se evoca á ciertos grandes pintores como el Greco, lograremos aprender de como pintó sus mejores retratos, recordando medallones ó mascarillas vistas en la sala de un museo ó en alguna galería privada. Ya se trate del retrato de Carlos V ó de uno de Felipe II, adivinamos en ellos la fisonomía perdurable, el aspecto que no cambia porque exterioriza el alma de la figura. «Hay dos actualidades,—dice Valle Inclán—la del día y la de la época: aquella que en el personaje guarda el exterior pasajero de la figura, así por ejemplo, en aquellos señorones que aparecen retratados

con levita del año 60 y que provocan nuestra risa y la actualidad del tiempo que en las estampas de Ghirlandajo ó de Fra Filippo representan una época, lo eternamente durable del personaje". Han seguido pues estos artistas el procedimiento único: la emoción por el recuerdo. "Tal procedimiento—confirmará luego—es lo que hace que un drama de Shakespeare nos interese como una cosa de hoy y que un retrato de Tiziano no nos aparezca 'démodé'. Esta visión de eternidad es directamente dependiente del temperamento artístico y acaso, en cierta manera, del medio, como apunta don Ramón al recordar al pintor Romero de Torres: "Acaso como emotivo—escribe—no ha existido ninguno más grande en España. Tal vez ha influido hondamente en su alma el ambiente de su ciudad natal, Córdoba, que tiene el más alto abolengo latino pues ella dió á la civilización romana y universal á dos grandes emperadores: Trajano y Adriano; á Séneca y al poeta Lucano. Este artista encarna una triple tradición: la latina, la árabe y la cristiana". El espiritualismo pictórico de Romero de Torres responde á todo un procedimiento sintético y emotivo. Los adornos de la figura se van con su época; sólo quedan el alma del retrato y la visión que el pintor puso en él: Monna Lisa prolonga más allá de los siglos la sonrisa divina de sus ojos profundos y de sus labios gráciles; y los retratos del Greco eternizan el gesto de un rostro ó el espíritu grave de un emperador.

—Conforme con tal credo estético Valle Inclán ha desarrollado todo su procedimiento en sus novelas y en sus cuentos: es sintético sin esterilizar su literatura con imágenes que en fuerza de ser precisas son áridas. Sus sensaciones de las cosas son refinadas hasta la quintaesencia: evoca, siente y vibra como una cuerda tensa. De tal modo recuerdan ellas un paisaje en frases breves y lapidarias. Y no que Valle Inclán carezca de imaginación, como creía González Blanco; por el contrario, sofrena á menudo el potro desbocado y entonces aparece en él el reflexivo, el artista prolijo hasta la austeridad. "La cabellera de oro—dice—aqueila cabellera florida como la luz, olorosa como un huerto, estaba negra de sangre. Yo la sentí

pesar sobre mi hombro semejante á la fatalidad en un destino trágico". He aquí el imaginativo admirable que comprende y expresa en una imagen todo lo que cabría en docenas de páginas. Valle Inclán es un torturado de la precisión: sus paisajes caben en un rasgo, en una figura que les hace comprensivos, y dice del alma microcósmica de la naturaleza en tal ó cual instante determinado; recordemos aquellas visiones bravias de "Romance de Lobos" ó las piceladas crepusculares de la "Sonata de Otoño". Dice: "La noche era de luna. En el fondo del laberinto cantaba la fuente como un pájaro escondido" ó, más adelante: "Aquella tarde, el sol de Otoño penetraba hasta el centro como la fatigada lanza de un Dios antiguo", y, finalmente: "Los perros seguían aullando muy distantes, en alguna aldea; y el viento se quejaba en el laberinto como un alma en pena; y las nubes pasaban sobre la luna; y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas". Esto es admirable y sencillo como lo que más. En los retratos de sus personajes Valle Inclán procede también á grandes rasgos, buscando en ellos, como si se tratara de dibujar estampas arcaicas, la eternidad del relieve espiritual. Ya es la pastora de «Flor de Santidad», de «frente dorada como la miel y sonrisa cándida como el vellón de sus corderos», ó ya aquel abuelo de la «Sonata de Otoño», con «ojos bailadores y guedejas de plata: alegre y picaresco como un libro de antiguos diceres» ó aquella Concha divina cuyo «cuello florecía de los hombros como un lirio enfermo» y cuyos «enanos eran dos rosas blancas aromando un altar, y los brazos de una esbeltez delicada y fragil, parecían las asas del ánfora rodeando su cabeza».

Tales son sus procedimientos. Responden á sus ideas estéticas y á su manera de comprensión subjetiva del arte. Lejos de esclavizarle la realidad huye de ella sin deformarla al operar su transformación en los tamicos del estilo. Como sistema tal trabajo artista es peligroso. Más, para acertar con él es preciso ser un Ramón del Valle Inclán, y nada más que él.

ARMANDO DONOSO.

EL NUEVO MINISTERIO



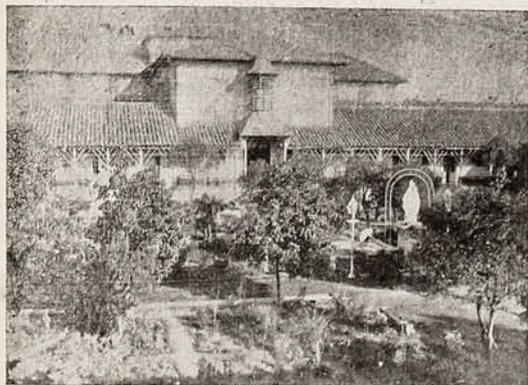
Su Excelencia el Presidente de la República y los miembros del nuevo Gabinete

El viernes último, después de circular diversas combinaciones falsas, supimos que se organizaba definitivamente el Gabinete en la siguiente forma: Interior, don Guillermo Barros Jara; Relaciones, don Antonio Huneus; Hacienda, don Manuel Rivas V; Justicia é Instrucción Pública, don Enrique Villegas Echiburú; Guerra y Marina, don Claudio Vicuña S.; Industria y Obras Públicas, don Oscar Viel Caveno.

En la caída de las hojas...

(Artículo escrito a raíz de la muerte de Carlos Pezoa Véliz)

¿Alberto Glatigny? ¿Cyrano de Bergerac? Un alma de poeta, un espíritu profundamente soñador, encerrado bajo siete llaves en el sótano de una osamenta quijotesca: eso fué Pezoa.



Buen Pastor.—Patio del Asilo inaugurado últimamente.

Por encima de la línea uniforme de poetas que pueblan el suelo americano, la figura de Pezoa Véliz se destaca como la de un agudo campanario. Su poesía es esbelta, cabriletante, azotada por las tempestades del odio; del amor y del dolor; es una poesía que hace pensar en la viruta con que se chamusca el casco de los navíos; (á la lumbre de esa poesía histérica, se chamusca el enorme casco de la vida); una poesía que no se vé, pero que se oye y se siente. Cuando nos acercamos hácia ella, su espuma salobre nos salpica el rostro, á través de los enormes agujeros de sus versos. Y si tenemos el valor de asomarnos por esas aberturas, vemos un mundo que parece hundirse sobre nosotros, pero que nos proporciona un placer extraño, un malestar voluptuoso: lucha del espíritu que goza y de los nervios que sufren. ¡Como se destaca de allí la vida y como vuelve á entrar, jirando bajo el loco determinismo de los espasmos!

Considerado bajo tres puntos de vista: la intensidad de la visión, la fuerza de penetración y la riqueza de sentimiento, Pezoa Véliz es el mas «nuestro» de nuestros poetas, el que está mas cerca de nosotros. Su lira parece tener precisión de saborear intensamente la vida, adolorándose al contacto de la tierra y experimentando estremecimientos de una voluptuosidad fuerte y rara. Es una lira que jime, que ríe, que llora; no es una lira que canta. Hay estrofas suyas que son amargas y duras como esos toneles naufragos que ruedan largo tiempo por encima de las olas y que es menester abrir á hachazos ¡tan gruesa y ruda es la costra que han formado en torno suyo, las algas, las conchas y las madréporas del mar! Su composición «El Organillo» está lleno de estrofas como ésta:

Quando la tierra era buena
y aun no había patronos
que hicieran siembra de pena
y vendimias de pulmones.

Y en su «Teodorinda»:

Tiene quince años ya, Teodorinda,
la hija de Lucas, el capataz;
el señorito la halla muy linda,
flor de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años mas!

¡Si espanta el brio, la airosa facha
de la muchacha!... ¡Qué floración!
Carne bravía, pierna como hacha,
anca de bestia, brava muchacha
para las hambres de su patron.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col,
como la tierra, jóven ardiente;
como ella, brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

El que siga el surco que el poeta va dejando trás de sí, llegará después de internarse á través de un laberinto espeso y complicado, hasta la pendiente solitaria; alumbrada por dos claridades: una que viene de abajo, de la vida, de la angustia, del dolor, y otra que viene de arriba, de lo bello, de lo grande, de lo justo y de lo bueno. Es que era esa violenta necesidad de abismarse en la vida que de los elementos emana la que lo hacía querer revestir todas las formas de la existencia, durar como ella y como ella gravitar en una metamorfosis sublime, bajo la muda inmensidad de los cielos.

Pezoa creció al amparo de la naturaleza. Desde niño comprendió el lenguaje de la madre comun y se



Buen Pastor.—Clase de costura

echó á vagabundear, á correr la sana orgía de los campos. Marchas larguísimas sobre el musgo humedecido, por entre altas yerbas que se doblan con ruido seco; alboradas luminosas, casi frescas; siestas ardientes; horas viriles y fuertes, horas tostadas de sol que le dan á la sangre precoz madurez y á la tierra, fecundas entrañas; aires helados; bosques dormidos; colinas fuertemente dibujadas sobre el azul pro-

fundo del cielo. Y alegres zabullidas en el agua correntosa de los ríos y alegres escursiones hacia el fondo de las viñas henchidas con el jugo noeniano. ¡Qué hermosos sueños forjados bajo los árboles, con la ebriedad en el alma, ebriedad de agua, de sol, de hierba, de cielo; ebriedad de cosas nunca vistas, ebriedad de cosas jamás poseídas! (En esa bella hora de la niñez, tanto el espíritu como las piernas, han calzado las botas de siete leguas). Hay para rato con los viajes de este vagabundo poeta, á lo largo de las costas de Chile. Y á donde quiera que fuese, su recompensa era amplia, porque jamás ningun dolor ni ninguna miseria, dejó de arrancarle su grito.

Mas tarde, «sentó» la cabeza: fué nombrado secretario de la Alcaldía de Viña del Mar, y cuando empezaba para él la vida reposada y fecunda vino la serie de infortunios que lo arrastró á la tumba. Primero, el terremoto de 1906; una muralla que lo aplasta, arrojándolo al hospital, tras una noche horrible pasada bajo una carreta, en medio de la lluvia y del ahullido pavoroso de las mujeres; después, cuando ya convalesciente, abandona el lecho, apoyado en muletas, cae nuevamente presa de horribles dolores: era el terrible mal que acababa de hacer su aparición... Fueron seis, ocho, diez meses y cinco dias de un continuo sufrir. ¡Ah! ¡Como aquel corazón no reventó con semejante peso!

La primera vez que lo ví en su lecho de enfermo tenía todo el hermoso aspecto de un santo: grandes aureolas circundaban sus párpados pesados, aumentando la intensidad religiosa de sus pupilas, y su frente parecía mas henchida con el hervor taciturno de las ideas.

Imposible me sería definir el sentimiento que esperimenté en presencia del poeta enfermo. Fué piedad, una piedad profunda; fué también la inquietud y el instinto de un secreto, y fué cariño, un cariño verdadero y dolorido, hacía ese ser cuyos movimientos tenían para mí, algo de alucinación, de evocación de lo desconocido... Yo sabía que su mal era incurable.

En las largas veladas que pasé junto á su lecho, pude conocerlo. Era bueno, abnegado, sin envidias; un grande y bondadoso corazón inflamado con toda clase de nobles amistades. Una tarde, me contó emocionado, la magna traición que había tenido para con Ernesto Montenegro, el mejor de sus amigos.

—¡Como deseo que me perdone!—dijo, al concluir.

Constantemente estaba hablando de sus bellos proyectos para el porvenir. ¡Ah! Era triste, bien triste por cierto, oírle hablar así, sin poder hacer nada por él, sino dulcificarle sus últimos momentos de la mejor manera posible. No; ocurriese lo que ocurriese, era menester recurrir á las mentiras piadosas para llevar á su corazón un poco de tranquilidad, un poco de presagio de resurrección, de porvenir feliz y tranquilo, pasado entre cuidados tiernos y lentos paseos bajo el sol; era menester recurrir á la mentira aguda, mortificante, á la mentira que nos hacía sufrir de un modo intolerable. La muerte lo desconcertaba, llenándolo de un terror imprevisto. El no quería morir sin haber dado antes vida al mundo que voltejaba en su cerebro, y sobre todo, sin haber «vivido» la vida, puesto que no podía decirse que había vivido esos escasos años vagamente vegetados en el deslumbramiento de un resplandor furioso. Y mientras sus grandes ojos azules no hacían mas que mirar intensamente el pedazo de cielo que se entreveía en las puertas abiertas, todos nosotros, todos los que lo rodeábamos, no hacíamos mas que pensar con angustia, en el cementerio que se encontraba allí cerca, á

la vuelta de la esquina, y pensar en el momento en que se dormiría para no despertar ya mas, nunca mas, nunca, nunca... Y nuestros corazones temblaban en la sombra.

Sus últimos dias, fueron emocionantes. En las comisuras de los labios, pálidos y fruncidos, se marcaban profundamente, como abiertos á cuchillo, tres ó cuatro pequeños pliegues y los ojos habían perdido su expresión dulce y animada de otros tiempos, para tomar un brillo duro y triste. Leíase en su fisonomía no sé que sello de fatiga, de cansancio, de inquietud de sordo é inacabable sufrir. No hacía ningun movimiento, pero sus ojos miraban tan desoladamente, que parecían querer aferrarse á las cosas. Un dia, dijo:



Buen Pastor.—Sección de sordos-mudos

—Se me figura que Uds. son tan felices porque pueden contemplar el sol. Yo no lo veré ya mas; el modo con que Uds. me miran é el modo con que Uds. me hablan, me lo dicen bien claro.

Nuestra tristeza, á la que se mezclaba una commiseración infinita, se agravaba, se condensaba mas y mas á medida que el tiempo trascurría y que «aquello» se acercaba hacia él. Y nos faltaban fuerzas, aun para pensar en el fenómeno de la muerte, é inconcientemente nos acometía la preocupación de lo que habría que hacer de allí á poco: cerrarle los ojos y estenderle el sudario que marcaría lugubramente las rodillas y los dedos de los pies.

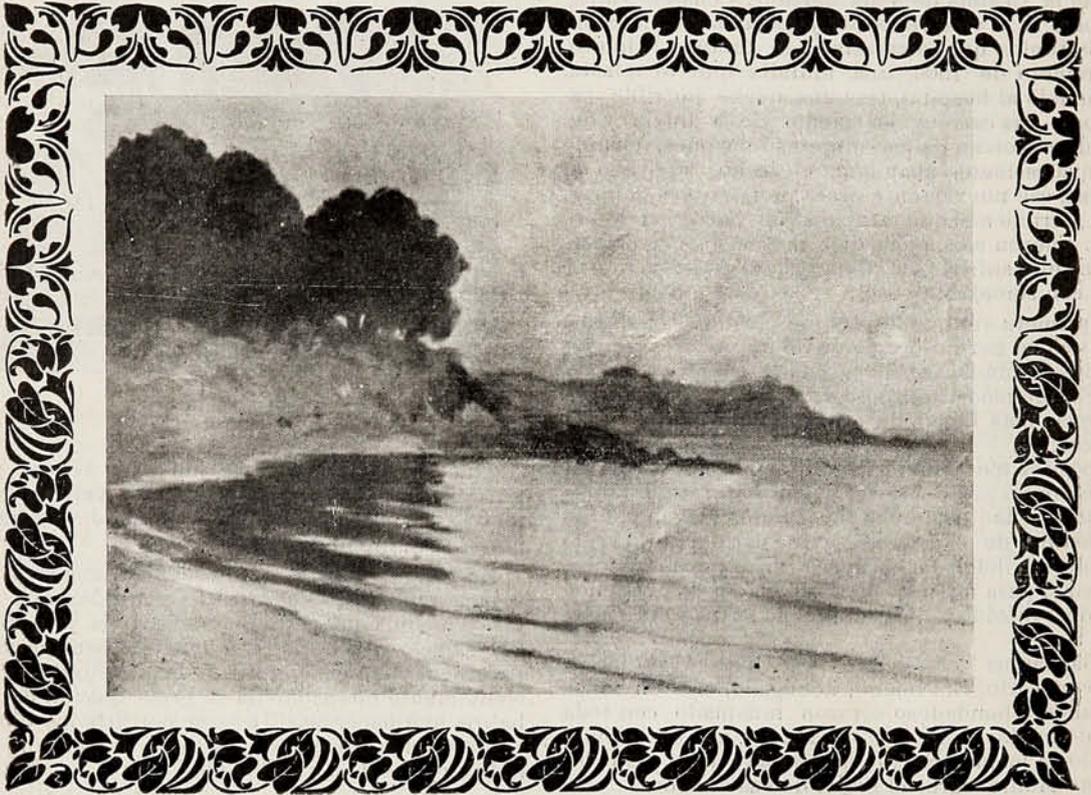
La última vez que lo ví, en la víspera de su muerte, estendió su hermosa, su blanca y descarnada mano y cogiéndome la solapa de la chaqueta, me acercó hacia él con tan angustioso ademán, que no pude menos de sentir un horrible escalofrío en todo el cuerpo. Y hubiera dado cualquiera cosa, porque él hubiese adivinado mis sentimientos, porque hubiera adivinado la inmensa ternura que refluía imperiosamente de mi ser, hacía sus grandes ojos velados casi por la bruma eterna. Y al ver solitarios los contornos de su lecho, pensé en la inesperada nobleza, en la indecible majestad y en el hondo consuelo que habrían tenido para el poeta, aquellas últimas horas, si junto á su agonía, se hubiese encontrado la leve, la vaporosa, la delicada silueta de una mujer.



Se fué con las hojas, en un atardecer de otoño.. Era un centinela de la naturaleza dominada; un centinela relevado á media noche, en la oscuridad mas espantosa, de modo que se fué sin saber nunca por quien había sido relevado... Y esto era horrible para él y era horrible para nosotros.

LEONARDO PENA.

© MARINA VESPERTINA ©



(Pintura de Juan E. Harris obsequiada al autor)

Bajo la tarde que el ocaso ruboriza
Con rubor vivo de rosa y de verbena,
El mar refleja en su esmeralda casi lisa
La orilla abrupta de pinares y de arena.



Mansa, la onda en la ribera apenas riza
Su cabellera verdi-clara de sirena,
Mientras florece en la dulzura de la brisa
La luna blonda, como mística azucena.

Se creería que, en el fuego de hondo anhelo,
Todo, ribazo, mar radioso, claro cielo
Arde y palpita con con calor de carne viva.



Y se desea una mujer dulce y ardiente,
Que nos entregue en el encanto del ambiente
La rosa viva de su carne sensitiva.

FRANCISCO CONTRERAS.



EN FAMILIA

(La última novela de don Luis Orrego Luco).

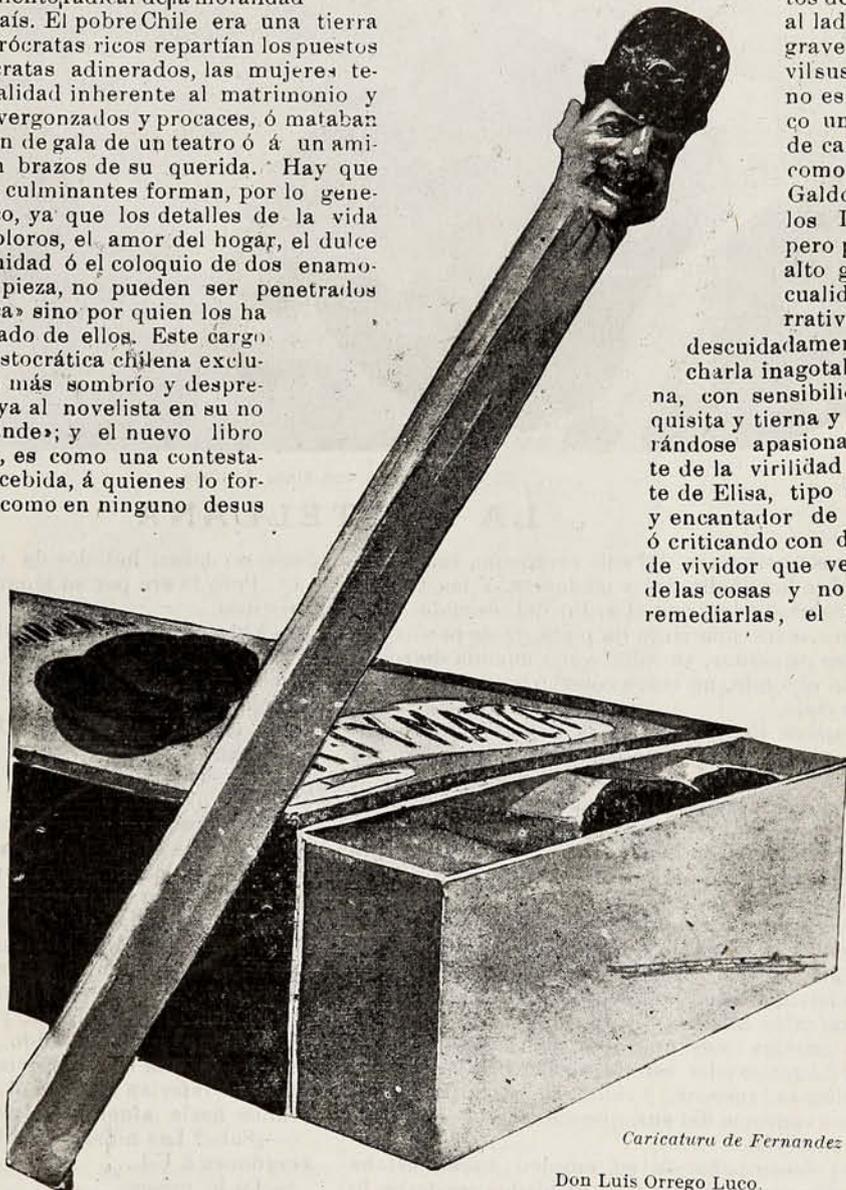
El libro de Orrego Luco es, ante todo, de un sano y reconfortante optimismo. Muy diversa era, en realidad, la idea que nos habíamos formado de nuestra clase alta cuyo lujo desmedido y dispendiosas costumbres alimentaban la leyenda de que era necesaria una revolución y un trastocamiento radical de la moralidad ambiente para salvar al país. El pobre Chile era una tierra desgraciada en que los burócratas ricos repartían los puestos públicos entre los burócratas adinerados, las mujeres tenían al adulterio como cualidad inherente al matrimonio y los jóvenes vividores, desvergonzados y procaces, ó mataban á su mujer en una función de gala de un teatro ó á un amigo a quien sorprendían en brazos de su querida. Hay que confesar que esos hechos culminantes forman, por lo general, la opinión del público, ya que los detalles de la vida privada, medianos é incoloros, el amor del hogar, el dulce sentimiento de la maternidad ó el coloquio de dos enamorados en un rincón de la pieza, no pueden ser penetrados y hechos «vida novelesca» sino por quien los ha sentido y se ha impregnado de ellos. Este cargo de pintar la sociedad aristocrática chilena exclusivamente por su aspecto más sombrío y despreciable, se le había hecho ya al novelista en su no vela anterior, «Casa Grande»; y el nuevo libro reconfortante y optimista, es como una contestación, voluntaria ó preconcebida, á quienes lo formularon. «En Familia», como en ninguno de sus libros anteriores, hay en el novelista una ternura más honda y convencida en el porvenir de la tierra, el dulce y tibio calor del hogar que cantó Carlos Dickens, la regeneración de un calavera á que el medio pervirtió por el amor de una muchacha de firme querer y de equilibrado sentimiento, la honradez chilensísima y nobilísima de un prohombre colonial, la vivacidad de unas muchachas murmuradoras ó el estimamiento pacato de un solteron millonario, toda su vida, sencilla y admirable, aún en la simplicidad de la colonia en los braceros de bronce, en los muebles solemnes cuyos patas son talladas quimeras, brota como un poema chileno y verdadero, sobre el desalme del estilo y sobre algunos descuidados anacronismos de costumbres.

De nuevo pueden admirarse en Orrego Luco sus excelentes cualidades de novelador. En realidad, se piensa que gran obra pudo llevar á cabo su talento si una metodización más rigurosa ó una tranquilidad de espíritu como según la naturaleza, hubiese sido su norma. Pedir eso en Chile, sin embargo, es casi absurdo. Pudo ser en una época más propicia, en la época de Blest Gana, en los años que preceden á la revolución del 91 en que sobre la capa de encantadora simplicidad de la colonia habían caído al alboroto desquiciado del romanticismo. Y aquí apunto una nueva intuición del novelista que vió claramente

este público; explica el miraje romántico con que se desenvuelve la novela. Es un novelista de raza: posee, sin pensamiento preconcebido, el don de interesar. No es un profundo pensador, ni un sabio estilista, que coge los abjetivos para colocarlos como papeli-

tos de colores al lado de un grave é inmovil sustantivo, no es tampoco un pintor de caracteres como Perez Galdós ó Carlos Dickens; pero posee en alto grado la cualidad narrativa. Narra

descuidadamente, con charla inagotable y fina, con sensibilidad exquisita y tierna y enamorándose apasionadamente de la virilidad ardiente de Elisa, tipo chileno y encantador de mujer, ó criticando con desgano de vividor que ve el mal de las cosas y no puede remediarlas, el torcido



Caricatura de Fernandez

Don Luis Orrego Luco.

camino del exceso de riqueza y del ansia del goce, hace una novela admirable. De mí se decir que la lei de un tirón y que me interesó profundamente.

No tuve tiempo de fijarme en descuidos de lenguaje en que otros han hecho poderoso hincapié: al lado de una coma mal colocada habia una observación tan honda y bella sobre el alma de las mujeres que mi corazón perdonaba generosamente á mis recuerdos gramaticales la infracción de un inciso de su código.

La falta de espacio me impide estenderme cuanto quisiera sobre este tema para mí tan sabroso. Lo haré en mejor ocasión con más tranquilidad y espacio.

MARIANO LATORRE.



El estero, como una cinta de plata.

LA CASTELLANA

Los rayos quemantes del sol veraniego, caían sin piedad sobre las quebradas y las lomas. Y las tierras de color cobrizo adquirían el ardor del rescoldo.

El estero, como una cinta de plata, ya se perdía entre árboles pequeños, ya saltaba por encima de rocas azules. En el fondo, un cerro color gris sucio cortaba el limpio cielo.

Dos viajeros iban apresurados por el tortuoso camino. Uno era gordo y moreno, como un Sancho Panza; el otro más jóven, delgado y pálido.

—No veo las horas de entrar en una casa, dijo el último. Estoy medio muerto de cansancio y de hambre.

—Nos dilatamos en llegar, don Enrique... Al pie de la cuesta almorzamos y sesteamos... Hay allí un par de chiquillas...

El jóven hizo un jesto de desden. Estaba acostumbrado á ver á la orilla de los caminos, asomadas á las puertas de sus rucas, muchachas ordinariotas, vulgares hasta mas no poder... Poco le seducía conversar con tales zafias.

Era la primera vez que iba por aquella rejión abrupta. Le molestaba ese eterno subir y bajar por cerros y lomas resecos, y sentía la nostalgia de los sombreros caminos del sur, que van rectos entre potreros y sembrados.

Y en el desempeño de su empleo fiscal, estaba obligado á marchar por esos endiablados senderos, lo menos una vez al mes... Aquel gordo, campechano y alegre, venía á ser como su ayudante. Ahora le servía, además, de vaquiano.

Se detuvieron al pie mismo de la empingorotada cuesta de la Pereza. Una casa bajita, con su pequeño patio por delante y su huertecilla por atrás, quedaba á la derecha del camino. El gordo se acercó á la puerta de tranca y palmoteó:

—¿Dónde está la gente?

Asomó una mujer delgada, que tenía amarrada la cabeza con un pañuelo rojo. Su blanco rostro arrugado, sus ojos de un azul destefido, su boca de labios

finos, no daban indicios de que fuera una campesina... Pero lo era por su lenguaje y su acento característicos...

—Ah! es Ud., don Fernando... ¡Desmóntese!

El gordo no se hizo repetir. Y mientras el jóven descendía también, se adelantó tendiendo ambas manos:

—Como le va, pues, doña Juliana... ¿Y las chiquillas están buenas?

—Por ei andan.

—Este amigo...

Y presentaba á su compañero, con cortesias y ademanes de salón. El jóven se inclinó, sonriendo:

A una invitación de la mujer, penetraron á la sala de recibo... ó lo que fuera. Cuarto bajo y pequeño, con piso de tierra dura; sillas de paja arrimadas á las murallas, una mesita en un rincón. Junto á la mesa una guitarra, metida en una funda de cotí con rayas azules. En las paredes un retrato de Balmaceda, otro de Manuel Rodríguez, y unos grabados en colores chillones representando las batallas del 79.

Cerca de una hora estuvieron allí; y para no aburrirse se referían cuentos obscenos. El gordo hizo un avance hacia afuera. Volvió sonriendo con malicia.

—¿Sabe? Las niñas no quieren venir... Le tienen vergüenza á Ud...

—Da lo mismo...

—Es que Ud. ignora que estas son como las receta el cura.

—¿Si? Me alegro.

—Ya verá la Mariquita.

—¿Maria se llama una?

—Si, la menor.

—¡Lo que más me interesa es la cazuela!

—Ya vendrá, ya vendrá...

Llegó al fin la cazuela, hmeando en una fuente de barro. Comieron con un apetito de caníbales. Ya el estómago lleno, estuvieron unos instantes silenciosos y quietos. Fernando consultó:

—Entiendo que dejaremos pasar la resolana...
 —¡Claro! Subir la cuesta con este sol...
 —¿Porque no vamos á estirar un poco las piernas?... Y á ver si divisamos á las chiquillas...
 —Parece que á Ud le gusta alguna...
 —Como hombre que soy...

Salieron hacia el lado de la huerta. Primero había un bien cultivado jardín. Mas allá, bajo unos durazneros, sorprendieron sin perros á las dos muchachas. El jóven tuvo una real sorpresa. Vestían malamente las dos; la primera una pollera de percal con flores azules; la mas chica un traje á cuadritos blanco y negros, esto es, de «color castellano». Pero sus rostros no eran moenos ni ordinarios. Blancas y sonrosadas las dos; con sus ojos de verde claro... La menor tenía la naricita arremangada; los ojos grandes y cándidos, los labios y las mejillas como guindas maduras. Al reirse se le formaban dos hoyuelos...

Se asustaron y se turbaron; pero pronto aquel gordo chistoso y jovial, las hizo reirse con sus discharachos y sus guifios. Luego propuso:

—¿Por qué no vamos hasta la orilla del estero?

Se adelantaron de á uno en fondo por un sendero que cruzaba un campo de maiz. Una brisa suave refrescaba los ardores del sol; silencio reinaba en los cerros y en los bajos; se diría que todo lo viviente del valle dormía su siesta.

Deliberadamente, Enrique se quedó el último, detrás de Mariquita. Y sea por el calor de estio, ó porque la chiquilla era tentadora, se portó mas audaz que de costumbre. Le tomó una mano, y ella la retiró de un tirón y se rió. Al reirse volvió hácia él su carita fresca de manzana en sazón. El jóven tuvo un súbito deseo de abrazarla y besarla. Pero se limitó á conversarle con voz que no era tranquila:

—Ya sé que Ud. se llama Mariquita...
 —Sí, así me llamo...
 —Lindo nombre... ¡como la persona que lo lleva!
 —Ríase de mí no mas... Enrique se adelantó y se puso á su lado. Apenas cabían los dos en el angosto sendero. La vió con todo el rostro encendido... ¿El calor, las palabras que él le habia dicho? Replió:

—¿Me halla Ud. cara de broma? La verdad, no creía que por estos campos se criaran flores tan bonitas...

—Sí, aqui tenemos jardín...
 —Me refiero á Ud...
 —Ah!...

Y bajó los ojos turbados.

Llegaban á la orilla del estero. El agua cristalina venia saltando de los cerros próximos. Su frescura parecia trasmitirse al ambiente.

Mariquita se sentó en una piedra, al borde del agua, y sus pies jugueteaban en la tierra húmeda. La otra se alejó un poco, seguida de Fernando, para treparse á un peñasco alto, y el jóven aprovechó la ocasión, para decir á su tentadora compañera:

—Todo lo que siento es que tenga que irme... ¡Qué bien se debe vivir aqui!...

Ella, levantando sus ojos puros y tranquilos, sus bellos ojos sin malicia:

—En este destierro se aburre una...

—¿No conoce Ud. la ciudad?

—No... Aqui nací y de aqui no he salido.

—¡Toda una flor del valle!

Mariquita, sonriendo:

No me diga más flor, porque me enoja...

El insistió, serio:

—Flor es y de las más lindas...

El rostro de la chiquilla volvió á teñirse de rojo. Sus ojos se fijaban insistentes en el agua. El joven continuó:

—De buena gana no me fuera... pero me consuela que mañana volveré á pasar por aqui mismo... ¿Se va á acordar Ud. de mí?

Ella, riendo:

—¡Cómo no!

—Dígame lo seriamente...

—Seria estoi...

¿no lo ve?

Y los hoyuelos de las mejillas se habían más profundos. En aquel mismo instante, la mano ancha del gordo Fernando cayó sobre un hombro del joven.

—Parece que Ud. no pierde tiempo...

—Conversábamos de cosas sin importancia.

—¡Se comprende!

La otra sonreía con malicia. Era un poco más alto que Mariquita y se llamaba Dora. Pero su rostro era menos franco. «Esta conoce mejor la ciencia del

disimulo» pensaba el joven al mirarla.

Ella propuso:

—¿Volvamos ya? Está haciendo un calor...

—Creo que nos asamos si pasamos así la cuesta—dijo Fernando.

—¿Y para qué se van tan luego?—preguntó Mariquita—Nadie los echa.

El jóven, agradecido, posó en ella su mirada. La chiquilla bajó los ojos. Sentía él un peso que lo clavaba en tierra é imaginaba subterfugios para no moverse de allí. Pero Dora rompió la marcha, y hubieron de seguirla. De nuevo, al cruzar el maizal, Enrique le cogió una mano, pero ahora ella no hizo esfuerzos por quitarla,

Alentado él la llevó hasta los labios y la besó con



ardor..... Tuvo la seria intención de morder uno de sus dedos redondos... La luz del sol se hacía más quemante; la brisa traía aromas que producían ligera embriaguez.

Retiró ella la mano con suavidad y se volvió para decirle, simulando enojo:

—Estese quieto, no?

—Es que sólo con mirarla me trastorna...

—¡Vaya!...

¡Qué luego se presentó la casa delante de sus pasos! Metidos dentro del cuarto, en un ambiente más fresco, conversaron los cuatro en común. El gordo hizo uso de su repertorio de historietas y hacía reír á las chiquillas. El joven, en la sombra de un ángulo, no apartaba sus ojos de María. ¡Qué simpática era! Raras veces tenía él estos repentinos entusiasmos; se extrañaba él mismo que esa muchacha lozana, pero de todos modos rústica, lo hubiera conquistado así... Y al pensar que instantes más tarde habría de marcharse, se le encogía el corazón.

Y fué que mucho más presto de lo que él podía presumirlo, su gordo compañero sacó el reloj y se puso de pie:

—¡Las cuatro! Buena hora para salvarse...

—¿Nos vamos ya?

—¡Claro! ¿Quería Ud. que nos dieran alojamiento?

—Todavía es temprano...

—No crea,... la cuesta se estira.

Y salió á preparar los caballos.

Partieron lentamente. El joven volvía la cabeza de cuando en cuando y veía con delicia á las muchachas detenidas en el dintel.

El camino subía al principio suavemente; luego se hizo más brusco.

El gordo Fernando, que iba adelante, volvió el rostro malicioso:

—Y qué tal... ¿le gustó la del vestido castellano?

—No es fea...

—Es capaz de hacer pecar á un fraile.

—La encuentro demasiado risueña...

—Sí, un poco... ¡pero también sabe querer!

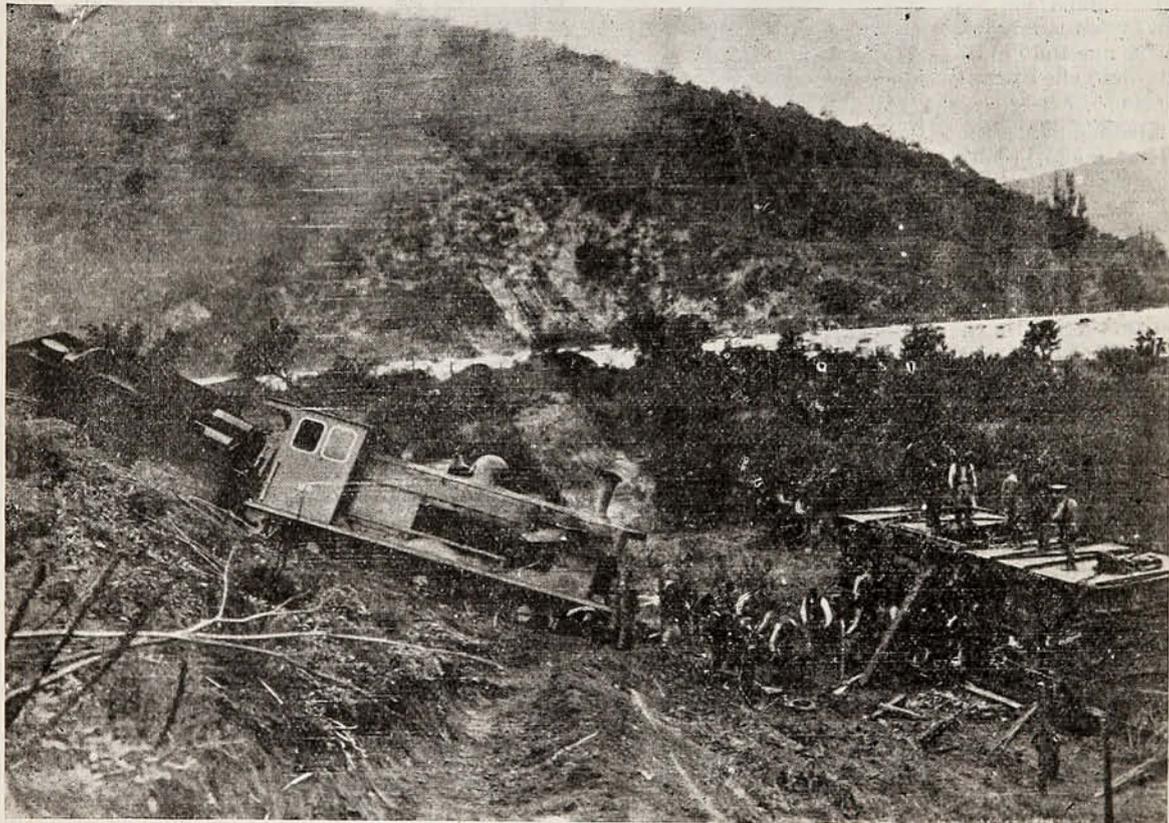
El joven miró con ansias hacia abajo. La casa se divisaba claramente todavía. En el patio, junto al jardín, lucía al sol el trajecito castellano... Inconscientemente, sacó su pañuelo y lo agitó en el aire. Pero su saludo no encontró una respuesta...

El valle se borraba, parecía perderse en la penumbra, sólo se sentía el sordo rumor del agua al caer de piedra en piedra; el sol, agazapado detras del cerro del poniente, iluminaba debilmente las cumbres... Y la brisa, en aquellas alturas, traía el olor de las algas. El joven la aspiró con ansias, para refrescar su corazón.

JANUARIO ESPINOZA.

(Concluirá)

ACCIDENTE FERROVIARIO



Máquina del tren directo núm. 103 que se precipitó al fondo de la quebrada poco antes de entrar al puente de las Cucharas, línea á Valparaíso, el viernes último. La causa del accidente fué una tuerca que manos criminales colocaron sobre la línea.



= EL LAGO

Tus ondas oscuras, que inquietas se me-
[cen,

Con azul de Prusia teñidas parecen.
Los jóvenes coigües que pueblan tus faldas
Bordan en tu orilla franjas de esmeraldas.
Guardián de tus olas, al fondo brumoso
Se yergue el Osorno, vestuto, coloso,
Que mirar parece con honda tristeza
En el claro espejo su nivea cabeza,
Pensando en los tiempos que pasaron luego
Cuando, con la frente nimbada de fuego
Junto con sus otros ya muertos herir unos,
Retemblar hicieron montañas y llanos.

¡Oh! lago tranquilo, tu linfa dormida
Como el mar, tu padre, también tiene vida;
Como él tienes alma, que sueña y que siente
La dulce caricia, la cólera hirviente.
Si el viento te besa, no son tus oleadas
Como las redondas, largas marejadas
Que semejan torsos de mujeres, suaves
Y ondeantes, que pasan rozando las naves.
Al golpe del norte, tus olas no ruedan,
Se engrifan y saltan, sus filos remedan
Las hojas enhiestas de agudas cuchillas
Que hieren las naves en flancos y en quillas.

¿Qué guarda en sus negros misterios tu
[abismo?

Talvez la leyenda de algún cataclismo
En que pelearon, como los titanes,
Olas turbulentas, lavas de volcanes.
Nadie ha conseguido sondear todavía
De tu honda Ensenada, la gruta sombría,
Y aquel que, en un tiempo lo intentara osa-
[do,
Aun duerme en tu lecho profundo, ignora-
[do.

LLANQUIHUE=

Del libro en preparacion: *Rapsodias del Sur*

Y cuando más tarde quedaron calladas
De tus igneos montes las bocas airadas,
Sobre tus orillas, en vez de las rachas,
Se oyeron los golpes rudos de las hachas
De una raza nueva de rubios germanos
Que, con el esfuerzo de sus férreas manos,
Carearon tus bosques, sembraron tus lomas
De trigales áureos y doradas pomas.

Los raudos vapores hoy surcan tus olas,
Llenando de vida tus montañas solas.

Quando el barco roza tu mansa ribera,
Lo besa la espiga de la sementera,
Y se oye, en la sombra de los manzanares,
El zumbiar sonoro de los colmenares.

Y en tanto en la falda del cercano otero
Destácase inmóvil un viejo vaquero,
Al oír los claros y alegres pitazos
Que da el barco, bajan hácia los ribazos,
Suelos los cabellos, y roja la tez,
Lindas muchachuelas de rosados piés.

¡Adios! ¡oh Llanquihue ¡adios! dulce la-
[go,

Quien haya sentido ya el cándido halago
Que esparcen en torno tus vívidas ondas,
Tus pálidos cielos, tus playas y frondas,
No puede olvidarte, que hasta el alma fría
Que nunca supiera lo que es poesía,
Se siente más joven, más fuerte y más pu-
[ra

Ante la belleza de tu amplia llanura.

SAMUEL A. LILLO.



2.^a semana de Agosto

El aniversario de un gran duelo.—La noche triste.—Escenas del terremoto de 1906.—El olvido y la alegría de vivir.

Al recordarlo por un momento, nos parece un gran bien el que sea tan flaca la memoria humana y que la vidasepa triunfar de los más crueles desastres de la fortuna y del corazón.

En estas calurosas noches de Agosto, miro el ir y venir de la multitud de paseantes, la cara complaciente del vendedor instalado á la puerta de su tienda y del obrero que marcha con paso tardo á su taller. Y pienso que muchos de entre estos mismos vieron hace seis años, no más, consumidos en un instante sus bienes afanosamente acumulados, cuando no desaparecidos con ellos la familia para quien se había amasado esa fortuna.

...Eran las 8 y cuarto del 16, ya lo recordais, cuando el primer remezón de tierra hizo abandonar el comedor á las familias acomodadas que se regalaban á esa hora con el postre ó el café; hizo saltar de la cama al enfermo y al niño, arrastrándolo entre aterrados gemidos; hizo precipitarse hacia la obscura salida del conventillo al rebaño del trabajo y la miseria, revolviéndose á tientas entre las viejas paredes que se desgranaban sobre sus cabezas ó los sepultaban de golpe en el fango. El padre llamaba á su familia, la madre se abrazaba á sus hijos pequeños; las mujeres caían de rodillas dando gritos de misericordia, y el hombre de negocios, indeciso por un momento entre su oficina y su hogar amenazados de ruina, se resolvía al fin por los suyos en un arranque de humanidad, á veces abnegado y hasta heroico.

Los incendios despuntaban aquí y allá entre nubes rones sombríos. Un clamor inmenso formado por el alarido de millares de gargantas enronquecidas, subían del fondo de la ciudad. Y el suelo seguía estremeciéndose como el lomo de una bestia rendida por una larga carrera.



La mente en delirio no podía figurarse sino que el mundo entero se desquiciaba y se hundía. La vida entera iba á acabar con nosotros, y esta certeza de la catástrofe universal producía cierta conformidad religiosa, abrumadora. Los más serenos admitían la posibilidad de escapar con vida, pero á condición de abandonar Valparaíso en escombros á la cólera del mar, que debía tragárselo de un momento á otro. ¿Dónde edificar la ciudad, dónde plantar el toldo alrededor del cual se iría levantando una metrópoli marítima, mucho más amplia y más segura contra el azote de los temporales? Por último, algunos, más audaces se decidieron á pensar en la subsistencia, animando al despachero de la esquina á reabrir su negocio. La vida recomenzaba, y ya á la semana siguiente empezaba la obra irrefrenable de la reparación, la vida que recobraba sus fueros en el bullir callejero, en el vocear de los periódicos; hogares improvisados bajo cuatro puntales y unas cuantas planchas de zinc.

En las plazuelas, junto á las aceras despejadas, bullía el enjambre de los sin hogar, tendiendo la nariz al olorillo de las frituras ó retozando al margen del grifo de agua, abierto como un don del cielo después de los terribles días de sed y angustia. Luego los

rasgos de la ciudad se afirmaban de nuevo, caracterizándose en una ú otra parte por escenas anunciadoras de la eterna vuelta de la vida. Ya era un bautizo que pasaba en busca del cura instalado junto á la puerta en ruinas de su capilla; ya una pareja de novios que marchaba con su cortejo, como avergonzados de obedecer tan pronto á la ley inflexible que les mandaba echar al mundo otras criaturas que vieran á reemplazar á los caídos.

Y como si esto no bastara á demostrar la completa vuelta del hombre á su papel social, he aquí que despuntan las pasiones viles y mezquinas para probarnos que nada ha cambiado... Los jóvenes de la guardia de honor, ebrios, haciendo jugar el mecanismo de su carabina entre un corro de curiosos imprudentes. Más allá el especulador empeñado en hacer de la desgracia un auxiliar de su fortuna. Y más tarde la horda de los falsos damnificados cayendo sobre los millones de la jenercsidad fiscal ó extranjera, hasta no dejar absolutamente nada para los pobres, los tímidos, los torpes y los retrasados de siempre!



¡16 de Agosto! Cuadro todo negro y rojo, cuyo violento colorido de pesadilla se desvanece en el olvido de esta existencia presurosa, como el de una vieja tela espuesta por mucho tiempo á la cruda luz del sol. La exclamación con que se la recuerda termina en un suspiro, y hay en ese suspiro un movimiento involuntario de satisfacción y de alivio, en que salen confundidos sutiles recuerdos melancólicos é inquietos impulsos de alegría, como en los desahogos de un convalesciente que siente volver con el rayo dorado que entra por la ventana, la salud y la vida.

Quienes recordarán á los muertos! Tan sólo unos cuantos corazones fieles, de hijos y de novias huérfanas de su sostén ó su esperanza. El adolescente que en los claustros de la casa de beneficencia siente correr sus días uniformes como los trajes de los huérfanitos y frios de todo amor como los sombríos claustros. La jovencita «allegada» de las casas ricas, sumida en un papel equivoco y humillante entre la señorita de compañía y 'a sirvienta; ella que fué regalona y sabía en inocentes coqueteterías, con su hogar hoy en ruinas! También recordará sus muertos el matrimonio llegado á los lindes de la vejez, ya estéril, pero más envejecido todavía por la amargura de haber perdido en aquella noche triste de Agosto, el hijo, esperanza de su senectud, ó la hija, adorno y alegría de la casa!

Pero, ya lo hemos visto: la vida es más fuerte en estos duelos aislados, perdidos entre la ajitación de la multitud como troncos secos en una selva que los cubre con el verdor de sus renuevos. Ahora mismo, en vísperas del aniversario, el gentío bulle en las calles con su rumor de fiesta, jirando cerca de los escaparates fulgurantes con la inquieta y voluble movilidad de las mariposas.

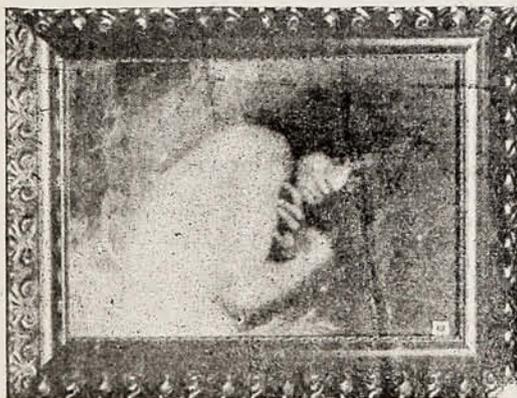
E. MONTENEGRO

EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA

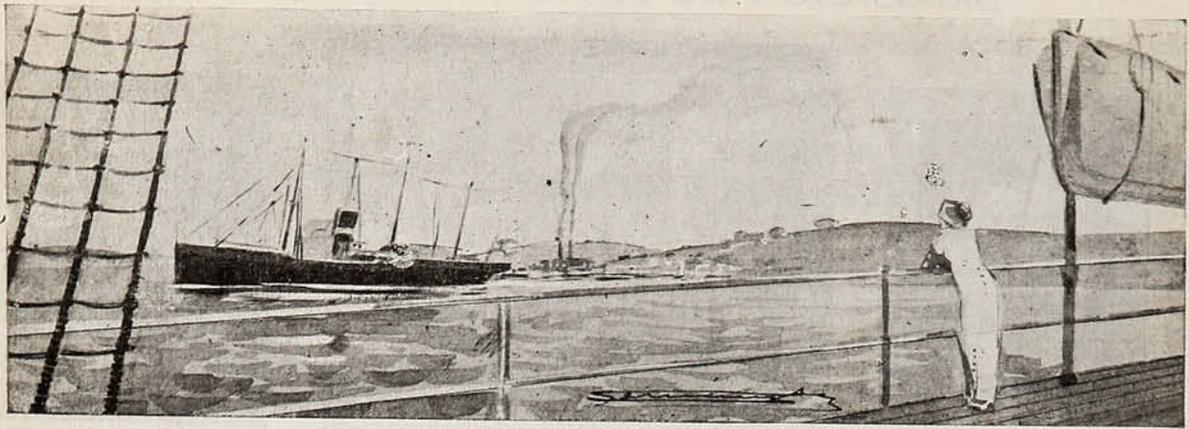


En los salones de los señores Eyzaguirre se han sucedido ultimamente dos atrayentes saraos artísticos. Fué el primero de ellos la exposición de pintores franceses y en la actualidad se ha inaugurado una de artistas españoles. A juzgar por las firmas de las telas expuestas, el éxito pecuniario de los organizadores será brillantísimo. Hemos tenido ocasión de admirar á la lijera los bellos cuadros que llenan la galería.

Los más afamados pintores ibéricos contemporáneos figuran en ella: Benedito, Romero de Torres, Sorolla, Casas, Rusiñol, etc. Los aficionados á este género artístico tienen, pues, una hermosa ocasión de admirar la esquisitez de la exposición.



Algunos cuadros de la Exposición de pintura española



LAS VEINTICUATRO

—No sabes onde anda Perucho?—preguntó el viejo Zamora, mientras liaba su cigarrillo de sobremesa.

Crispin, su nieto, que, sentado frente á él, apuraba á grandes sorbos su café, dejó sobre la mesa el jarron desorejado que le servía de taza, para contestar:

—No, agüelito. No lo he podido ver.

Perucho era el lazo de union entre aquellos dos seres: el uno lo quería como hijo, el otro como padre. No era malo el tal Perucho, trabajador y honrado como pocos; pero, eso sí, enamorado y juerguista como ninguno. Desde que empezó á trabajar no se sabía de un día lunes en que él hubiese aparecido por el taller ó por la fábrica.

—Este diablo no se vá á enmendar nunca!—decía el viejo, rascándose la cabeza con aire desesperado.

No faltaba quien se lo comunicase á Perucho, y éste sin darle al dicho la menor importancia, esclamaba:

—¡Hijo e tigre, rayaíto sale!



Todos los Zamora, desde tiempo inmemorial, habían sido mineros. Segun la costumbre de los del oficio, trabajaban á matarse durante largas temporadas, juntando sus ahorros que se venían á dilapidar á las chinganas del «Puerto». El Puerto era un lugarito sin mas vida que la que le prestaban el ferrocarril destinado precisamente al trasporte de los minerales, y el establecimiento de fundición cuyas dos colosales chimeneas se alzaban, humeantes siempre, al extremo del promontorio que cerraba la bahía por el lado nor e.

El primer Zamora que desertó de las minas para hacerse «hornino» fué el padre de Perucho. Bajó una vez al Puerto, se raptó una chinonga y lo obligaron á casarse con ella. Temeroso de las cuchufletas de sus compañeros, no volvió al mineral y entró al servicio de la fundición. Allí envejeció, primero en los hornos, hasta que su poderosa naturaleza de roto casi atleta se rindió á la labor excesiva de treinta años; luego en la cancha, y por último en el carrito de las escorias, tirado por dos caballejos tan decrépitos como él.

Perucho le había sucedido en los hornos. Hijo del amor, fruto de la union de dos seres en plena juventud, el muchacho no había cumplido veinte años y ya representaba treinta. Desde niño se hizo famoso por las excelencias de su puño. No erraba golpe, se-

gun decían, y se contaba de él, entre otras hazañas, que en un dos por tres había deshecho un cuadrillazo que le habían armado entre no sé cuántos rotos de su laya. Y es que le tenían rabia porque era «zaino», y envidia porque las muchachas llegaban á peleárselo. Perucho era lo que se llama un roto liviano de sangre...

A los veinte años tuvo su primer enredillo de falda. Se lujo á Eudisia, una morenucha bastante agraciada, hija de la mujerota que vendía empanadas á la puerta del establecimiento. La pobre muchacha se confió demasiado en aquel moce-ton que le prometió casarse «para las misiones», fundándose en que en tales circunstancias todo sale de balde. Pero llegaron las misiones; y Eudisia, que ya tenía un hijo, Crispincillo, no pudo conseguir que Perucho se acordase siquiera del ofrecimiento formal que le había hecho. Entonces, despechada, le entregó la criatura al abuelo y se marchó á aventurar...

—Lo que es malo es malo, Perucho—le dijo el viejo, á quien el mozo encontró beatíficamente senta lo ante el fuego dando al nieto la mamadera.

—¿Qué quiere que le haga yó? Quien se vá sin que lo echen, güelve sin que lo llamen...

Esta fué toda la respuesta del gran Perucho. Se encogió de hombros, le hizo dos arrumacos á Crispincillo que chilló asustado, y ya no volvió á hablarse de la fugitiva. Por aquella época, hacía unos tres años que Zamora era viudo. Decididamente, Crispin—llamado así porque nació el día del patrono de los zapateros—había venido al mundo con una estrella de dudosa calidad.



En aquella familia de robustos, Crispin no podía ser una escepción. Creció, pues, y creció bien, á pesar de que no conoció otra ama que su propio abuelo, y de que su padre empezó á menudearle coscorrones así que le vió con la mollera cerrada. En cuanto pudo andar, Perucho se lo llevó por allí donde él solía correrla y Crispin alcanzó una popularidad de barrio muy superior á sus años y á su talla. El viejo lo envió á la Escuela, pero el chico no pudo habituarse á la disciplina de los bancos, y los anales escolares no conservan de él mas que el recuerdo de dos comunales cachetinas en que él logró probar que la raza de los Zamora era de guapos de verdad. Le llamaban el «Pan Redondo» sus compañeros, y hay que confesar que nunca pan alguno ha sido tan difícil de

dijerir. Tenía diez años y no había logrado salir del silabario ni hacer otra cosa que palotes.

—Eres un burro, Crispin! le decía el maestro.

Crispin resoplaba sobre su pizarra pensando en que si su padre estuviese presente, de una sola «guantada» haría saltar al preceptor por la ventana. El granuja sentía por Perucho una afección admirativa. No le guardaba ningún rencor por los mojicones que de él recibía á menudo, ni encontraba feo ni repugnante verle llegar á su casa dando tumbos y ruyendo imprecaciones. Perucho era, para Crispin, el ideal de un hombre de pelo en pecho. ¿Había otro en el establecimiento que hiciese «las veinticuatro» tres veces por semana? ¡A ver si el futre hambreado del preceptor iba á aguantar veinticuatro horas en las calcinas!

Desgraciadamente para él, el viejo Zamora no pensaba lo mismo. Rudo como un adoquín, sin conocer la ó por lo redonda, el viejo quería que por lo menos su nieto aprendiese á leer los diarios. No llegaba á mas su ambición: que, despues de comida, y antes de echarse á dormir, Crispin le leyese lo que venia en los papeles. Y con una paciencia injénua venia coleccionando, desde muchos años atras, cuanto periódico pillaba á mano, para el día en que Crispin estuviese en condiciones de darle en el gusto. Por fin, á los cinco años de escuela, pudo el chico deletrear impresos y estampar su firma. Pero entonces intervino Perucho haciendo valer su autoridad paterna y Crispin, con gran disgusto del abuelo, entró como canchero al establecimiento. Tenía doce años, fumaba como una chimenea y se despachaba de un resuello media botella de cerveza. Cuando le contaban esto á Perucho, el roto se reía como si le hubiesen dicho que su hijo iba á ser un grande hombre.

Crispin entró á ganar doce reales diarios. Salía á trabajar á las seis de la mañana y tenía una hora para almorzar. Cuando le hacian volver de noche recibía un extraordinario. Estaba feliz. Usaba, para agarrar las angarillas, unas manillas de cuero sin curtir, le salieron callos en las manos y empezó á cambiar de voz. Se echó al ojo el sombrero, tomó al andar el balanceo característico de los angarilleros y olvidó de su reducido vocabulario, todas las palabras decen-



Aquella tarde—como todas las de los días lunes—le tocó sentarse á la mesa solo con el abuelo. No sabía en realidad donde estaba su padre, ni le preocupaba mayormente la cosa. Seguramente andaba con tres ó cuatro amigotes parecidos á él, con quienes se juntó el sábado por la noche: el «Zunco», el «Pocos Pelos» y el «Raja Diablo», tres manos de lo fino para lo que es trago y lo que es cueca. Y por allí se hallarían...

—Léeme, ¿quieris? A ver qué trae ese diario.

—Toy cansao, agüelo.

—Mucho trabajo?

—¡Por la maire! Va á venir vapor y le queren echar la cundiora...

Y se callaron porque en ese momento se oyó en la calle un tropel de pasos y de voces. Golpearon á la puerta.

—¡Ño Zamora!

—¿Que hubo?

—Abra. Ño Zamora. Que Perucho si ha acriminao. El viejo y el muchacho dieron un salto. Crispin fué á abrir.

—Güenas noches.

—¿Qué es lo que hay?

Entraron dos ó tres «horninos» conocidos. Sin descubrirse, de pié á la entrada, lo dijeron todo.

—Fué por allá arriba... Se mancornaron los «niños». Perucho voltio á dos... Fueron á llamar policía... Perucho no quería que lo llevaran preso.

—Taba encopao?

—Con sus copitas andaba.

—Güeno, y despues?

—El paco lo quiso agarrar, y entonces Perucho le quitó la catana al paco.

A Crispin le chispeaban los ojos. ¡Así como quería él ver á su padre, así!

Ya verian esos pacos perros con quien se las tenían que ver...

—Pero se le pasó la mano á Perucho.

—¿Se acriminó, decis?

—Si, pus, ño Zamora. Ta mal herió el paco...

—A quien le tocó? A Chumingo?

—No, al «Flauta Mala»...

—¡Es tambien reperlo!...

—Despues vino el oficial, y se lo tuvieron que llevar no mas...

—¡Por la maire!... gritó Crispin, sin poder contenerse, y apretó los puños como si quisiera aplastar de una sola bofetada á toda la policía del pueblo.

El viejo inclinó la cabeza y se quedó perplejo. Mala veía él la «tosa! Con la policía no había que meterse. La autoridad mandaba mucha fuerza...

—Se lo venimos á avisar pa que lo sepa, Ño Zamora.

—Puea ser que el Gerente lo saque como lo ha sacao otras veces.

—Ojalá... De no ser él no será nadie, porque el «flauta» está arrejao que las endilgue.

Abuelo y nieto se dirijieron á la cárcel; pero no pudieron ver á Perucho y tuvieron que volverse á casa desconsolados, porque se les dijo que el reo estaba con grillos, incommunicado y con centinela de vista. Por primera vez se nublaba la estrella de ese conquistador de los suburbios. Crispin no se durmió hasta muy tarde, saboreando audaces tentativas de salvación para su padre. Se veía de frente de una partida de horninos asaltando la cárcel y sacando á Perucho á viva fuerza. Despues, cambiaba de idea y se hallaba en casa del Gerente, conversando con él y convenciéndolo de que Perucho era inocente porque habia obrado «en defensa propia»... ¿Se iba él á dejar matar por esos pacos sinvergüenzas?



Reinaba en la fundición una actividad febril. Estaba anunciado un vapor, del norte para el sur, que pasaría á llevar cobre y como las canchas se veían llenas de metales y la existencia en barras y lingotes no era mucha, se hacía preciso triplicar la producción. El cobre habia subido á 79 £ en el mercado de Londres. Todo esto se lo dijo el gerente á Ño Zamora, cuando el pobre viejo fué á verle para que intercediese en favor de ese «desgraciado niño» de Perucho.

—Mira tú cuando ha venido á cometer la chamba-nada! ¡Cuando necesitamos mas trabajadores!

—Así es pus, patron. Cuando está de Dios...

—¡Que de Dios! Del diablo, dirás tú. No se puede hacer nada. El juez es amigo, claro; pero la que ha hecho Perucho tambien es harto gordo. El guardian está entre la vida y la muerte. Perucho lo ha herido con su propia arma, despues de arrebatársela. ¡Fíjate bien!

—Si no se la quita, patron, tambien se lo logra el «Flauta» á él. No es ningun santo el paquito ese...

—Es lo que hay que ver. Lo que es un par de años de prisión, no se los despinta nadie...

—A quien ¿á Perucho?

—Pues es claro. Esto si el herido salva, que si no...

—¡Ave Maria Santisima!—clamó el viejo, santi-guándose, como si viese ante él, brutal, amenazante, la imagen del banquillo.

—Lo peor es que hay que buscarle reemplazante. El horno de Peracho no va á quedar sin funcionar, mientras él se halle a la sombra.

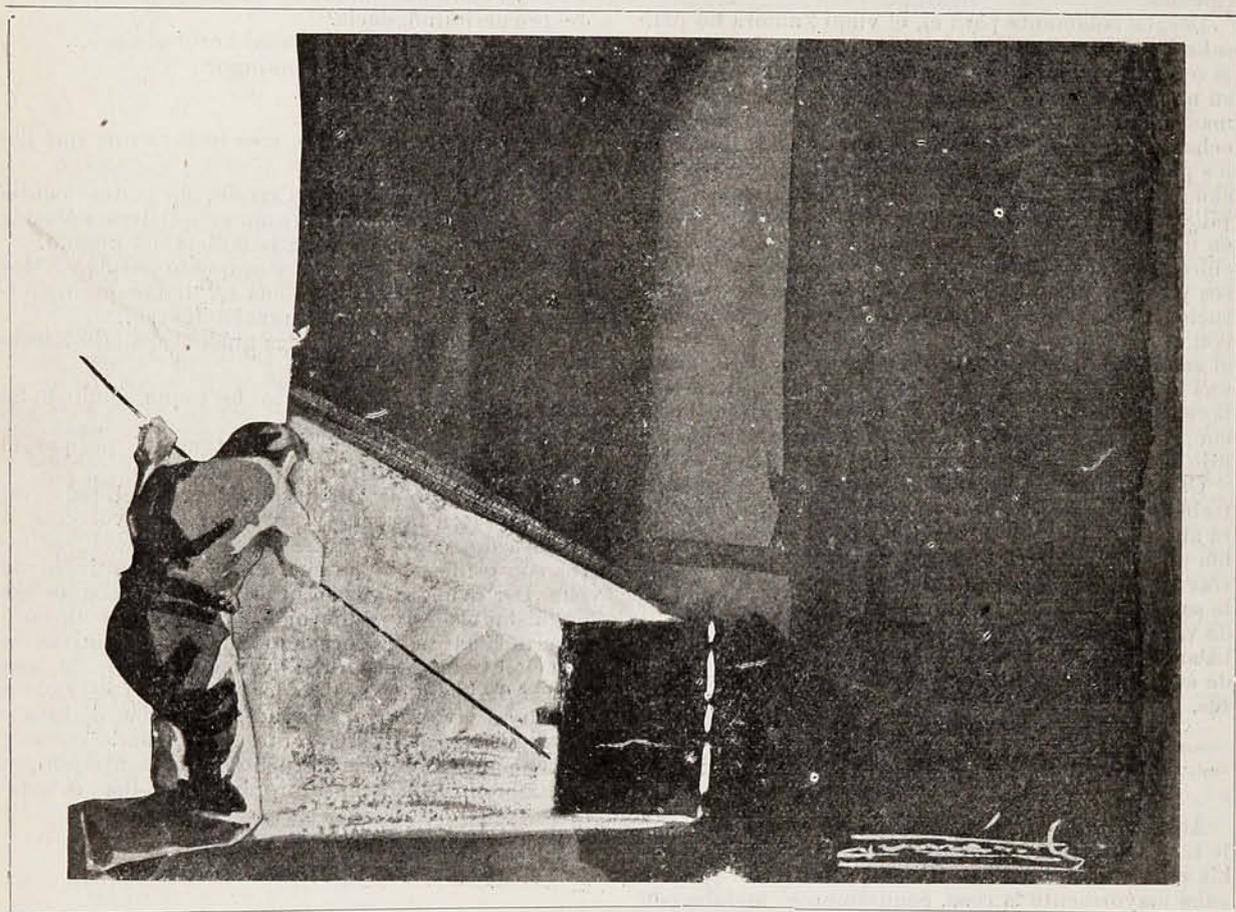
El viejo no halló que replicar. El no servía ya para faena tan dura, y su nieto era un chiquillo toda

hacia los moldes de barro húmedo como un río de sangre inflamada. La luz violenta que venía de abajo pegaba aletazos en sus rostros sombríos. De pronto Crispin se separó.

—Espéreme, agüelo, espéreme...

Y se encaminó á la oficina del Administrador. Ño Zamora le siguió, rengueando, haciendo sonar sus chancletas sobre los ladrillos del pavimento.

¿Qué diablos va á hacer este muchacho? pensaba el viejo. Crispin queria reemplazar á su padre, pasar de las canchas á los hornos. El Administrador hizo lo posible por persuadirlo de que era peligroso su intento, de que el trabajo de los hornos no lo resistian mas que los hombres. Crispin se obstinó, y el jefe



vía. Salió profundamente descorazonado de la oficina del Gerente. Hacia mucho tiempo que no bebia sino su traguelo de vino á las comidas. Pero ahora sintió venirle de muy adentro un ansia inmensa de emborracharse, de ahogarse en aguardiente. Afuera le esperaba Crispin.

—¿Que ijo, agüelo?

—Ya tooo perdió. Tiene que pagarla... Si acriminó... Van á tomar á otro en su lugar... Hay mucho trabajo.

Crispin votó con rabia el cigarrillo que estaba chupando. Era de noche. La fundición tronaba. Por las dos altas chimeneas se escapaba una llamarada fugaz y una humareda espesa ennegrecía el espacio. Todos los hornos estaban caldeados. Abuelo y nieto se detuvieron un instante á mirar la operación de la sangria. La lava ardiente del cobre detenido se escurria

acabó por ceder. Cuando el muchacho bajó á la faena, Ño Zamora regresó a su casa llorando de orgullo y de ternura.

—Agüelo—le había dicho Crispin—hay que ser hombre alguna vez!



El nuevo hornino dió que hablar durante una semana. Nunca un niño de su edad había hecho semejante hazaña. Crispin era un pequeño atleta de quince años. El primer día había vuelto á casa molido como si le hubiesen apaleado... Pero ya el cuerpo se le había hecho y ahora daba gusto verle, desnudo de la cintura arriba, enrojecido por la soflama del horno, sudoroso, jadeante, empujando como un lancero su

lanza, el largo y pesado pudelador, que, al ser estraido del fogón, aparecía rojo como si se le hubiese sumergido en sangre...

El viejo Zamora solía ir á divisarle por la noche, desde la esplanada de ladrillos, y se transportaba á su juventud. ¡Valiente muchacho, qué gran hornino iba á salir! Otros viejos, veteranos del trabajo, casi inválidos como él, iban á hacerle compañía, y mareaban al pobre roto con sus comentarios sempiternos.

—Ese sí que es un gallo! ¡No hay quien ¡egue con Crispin!

Dos noticias tremendas llegaron á lo mejor; había que entregar antes de tres días doscientas toneladas de cobre en barras, y á Perucho se lo llevarían á la ciudad donde debería seguirse el proceso ante el juez del crimen. El administrador quiso saber quienes estaban en disposición de hacer "las veinticuatro"; y entre los primeros nombres saltó el de Crispin. No se atrevió á oponerse, porque sabía que era inútil, y se limitó á avisárselo al viejo.

Los demás trabajadores, cuando supieron que Crispin quería hacer esa "gallada", se echaron á reír. Era ya demasiado. Ese mocoso tenía que estar loco. Y aquella misma tarde, antes de salir á comer, se formó á su rededor una de cochufletas espantosa. Crispin, con los humos de la heroicidad en la cabeza, perdió pronto los estribos. Insultó, pateó, los desafió uno á uno, ofreció amarrarse una mano para cual quiera, y como se limitaran á reír, desafiando trenzarse con un perjenio, arrojó su sombrero contra el suelo, colérico, fuera de sí...

—¡Por la maire! ¡Que haiga que tener barbas pa que crean que uno es hombre!

Y como siguieran riéndose todavía, rompió en un llanto desesperado, morriéndose los dedos, arañando se el rostro, desgarrándose la burda camiseta, en un acceso de impotente furor...



Eran las tres de la mañana. La fundición, en pleno movimiento, incendiaba la atmósfera llenándola de un resplandor siniestro. El cielo estrellado desaparecía tras de un manto de humo negro y sulfuroso. El apremio del trabajo era tal que hasta los carreros habían dejado de turnarse, y ño Zamora, como todos, iba y venía, conduciendo al paso de los jamelgos su carga de escorias todavía fulgurantes.

Crispin estaba rendido. Llevaba cerca de veinte horas del mismo ejercicio brutal en la calcina que ardía como un pequeño infierno. Sus músculos de adolescente, á pesar del feroz entrenamiento á que habían estado sometidos, no daban ya más. No era él, era su orgullo el que lo sostenía! Había que probar á esos maricas que era tan hombre como ellos... Zumbábanles los oídos, sentía en la cerviz el peso de una montaña, las piernas le temblaban. Se habría tendido allí mismo á dormir, á dormir un largo sueño. ¡Sí, era sueño, y nada más, lo que sentía!

Habría dormido media hora, nó, diez minutos solamente, para volver en seguida á su puesto con más fuerzas que antes... Pero llegaban á él, cortantes, grotescas, las risotadas de sus compañeros. Era para él, sin duda. Sin duda lo estaban viendo como desfalle-

cía... Y entonces, gruñendo una blasfemia, se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de la mano, hundía el pié en el suelo y arremetía de nuevo...

Arriba se sentían pasos, ruido de tacones sobre los ladrillos. Ah! los conocía bien: era el Administrador, en compañía del Ingeniero. ¿Faltaba poco, pues, para poner término á aquel suplicio? Crispin dejó de oír pasos, y percibió en cambio murmullo de conversaciones. Hablaban de él, sin duda, comentaban su hazaña. Con el ímpetu de las grandes decisiones echó atrás un pié y se encorvó aún más sobre el pudelador. Después, no supo nada, no sintió ya nada. Un vértigo de fuego, una oleada caliente que parecía subir del centro de la tierra le envolvió todo entero, y le pareció que la calcina se abría como una gran boca para tragárselo...



—Ño Zamora! Ño Zamora! Apúrele, córrale...

El viejo, que volvía á la sazón de los escoriales, escuchó aquel grito como el anuncio de una gran desgracia. Abandonó los caballejos á su suerte y echó al trote en dirección de la usina. Dos ó tres trabajadores le salieron al paso.

—Una esgracia, Ño Zamora. El chiquillo...

No quiso oír más y apretó á correr penosamente. Junto al horno de Crispin divisó un grupo, en el cual pudo distinguir al Administrador y al Ingeniero. Al verle acercarse, le hicieron calle, y el infeliz pudo ver á su nieto, de bruces bajo el pudelador, inerte, con la cabeza hundida en un charco sanguinolento.

—Me lo han muerto á mijito! Me lo han muerto!...

No atinaba á decir más. Se arrodilló junto á aquel cuerpo querido y lo cubrió de besos. Caliente estaba aún el cadáver y tardaría en helarse en aquel sitio, junto al fogón que rugía. Fué preciso usar de la violencia para quitar al viejo de allí, y obligarle á que dejara depositar los despojos en las angarillas. Nadie reía, nadie blasfemaba. Los jefes se descubrieron y el cortejo ganó la calle, por la puerta que abrió extrañado el celador.

—Crispin?—preguntó.

Nadie le respondió.

—Hay que avisarle á Perucho!—dijo uno.

—Pa qué?—replicó el viejo, con un jesto de sagra da cólera.—¡Ese canalla, ese bribón tiene la culpa!



No quiso volver por la cárcel, ni nadie pudo hacerlo convenir en que debía ir á ver á Perucho antes de que se lo llevaran á la ciudad.

—Que se lo lleven, que se lo lleven—repetía—¡Y qué le peguen cuatro tiros!

Por lo demás, Perucho, cuando le contaron el trágico caso de su hijo, y se dió cuenta de que se había sacrificado en el intento de una proeza superior á sus fuerzas, echó un escupitajo y exclamó con dignidad algo socarrona:

—Hermanos: eso es de hombre!

VICTOR DOMINGO SILVA.

1912.



EN HONOR DEL DOCTOR FERRER Y SUS COMPAÑEROS



Asistentes al banquete ofrecido el sábado último en el Club de la Unión, al Dr. Pedro Lautaro Ferrer y a sus heroicos compañeros.



El testero de honor

LA RECEPCIÓN AL CUERPO DIPLOMÁTICO EN LA MONEDA



Miembros del Cuerpo Diplomático saliendo de la Moneda después de la ceremonia de presentación del nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, don Antonio Huneus

EL VALS DE MI VECINA

(De el libro en preparación *¡Caricias!*)

¡Otra vez!

Era una obsesión; yo hablaría, intercedería para que me cambiaran de cuarto, ó ellas—mis vecinas, ó mi vecina—cambiaran de salón, porque era insoportable continuar en esa forma.

Y no me desagradaba, en verdad, mi vida así: á mi alrededor el silencio profundo de la casa, grande y casi solitaria; mi madre y mi sobrinito no hacían ruido; solo un paso silencioso que denotaba sus cabellos blancos, ó una risa contenida que pregonaba sus bucles de oro, me anunciaban su tranquila existencia bajo el mismo techo. Pero sobre él, eso era otra cosa, esas risas musicales, ese vals... era delator de faldas juveniles, de perfumes y sonrisas, y hacía pensar, obligaba á soñar...

En fin, ya murió la última nota, otra vez reina el silencio augusto. Sigamos la interrumpida tarea; es cribamos:

...«La sala solitaria, fría; los muebles deteriorados y antiguos rememoraban con clara elocuencia pasados esplendores, lujosísimas soirées, hablaban de amenas charlas, de risueñas esperanzas, la lluvia en tanto estremecía las ventanas y su triste lloro...»

¡Otra vez, otra vez el maldito vals!

Y lo peor es que se apodera de los oídos, domina los sentidos y me quedo escuchándolo embelesado, con la pluma, húmeda de tinta, entre los dedos y la mirada fija en el techo pintado de blanco.

Y son bellas, acariciantes sus armonías, parecen un beso musical, una caricia de notas. Hacen pensar en un pequeño saloncito, en muebles sencillos y elegantes, en algunas mesitas de centro, llenas de retratos y chucherías; en algún piano de marca poco conocida, y sobre su brillante barniz negro, algún gran ramo de flores. Es invierno y de seguro son violetas...

Y la persona que le dá vida, esa suave vida de los sonidos, que llega hasta mí, debe ser joven y simpática, probablemente bella; lo demuestra la finura con que son arrancadas las «dulces armonías en un «pianísimo» lento; lo denota el ardor con que vibran los potentes «crescendos», en ellos va el fuego de veinte Octubres, el anhelo de una florida primavera.

Es bello, bellísimo este importuno vals.

No hay más remedio que escucharlo y vale más con comodidad; estiraré las piernas... así... encenderé un cigarrillo... bien... escuchemos.

Ah! que dulce, promete algo muy suave, algo muy oculto en el fondo de su almita femenina. De seguro la barba ovalada y fina, está caída entre los encajes del cuello de su blusita de seda, que debe ser azul ó negra, es claro, si ella es rubia y de grandes ojos azules.

No es para el fuego de una morena ese ritmo adormecedor, esas notas que se pierden como una caricia de las manos suaves sobre las teclas de marfil.

Decididamente es rubia.

Pero...

Ha muerto la nota en su más dulce murmurar y ahora ha estallado en un vértigo de acordes profundos y vibrantes, en una melodía roja, en una locura, en la que se sienten distintamente el chirrido de los alambres de los pedales. Gritan las notas, vibran en un



Baranana 3
- 7 -

himno de pasión, es un beso de fusas, simi-fusas y calderones, es la orgía de los sonos, el amor de las armonías!

Y la bella debe estar encendida; brillantes las negras pupilas, húmedos los labios, fija la mirada arrancando la pasión de los endiablados signos musicales. Tal vez algunas violetas resacas han desprendido sus arbozales pétalos sobre la negra caja del piano...

No puede ser rubia; no tienen las pupilas soñadoras, ni los bellos cabellos de oro pálido, esos arranques; hay demasiado fuego, demasiado.

Decididamente es morena...

Y disertando en esas vaguedades, y perdiendo muchos minutos por culpa del bello y maldecido vals de arriba, hice el firme propósito de conocer á mis vecinas.

Anudé con más corrección esa tarde el nudo de mi corbata, me dí una última ojéada ante el espejo, y quedé satisfecho de mi indumentaria; si no era el sùmun de la elegancia, por lo menos era muy correcta, con algo de carácter propio... y me lancé á la calle.

La primera mirada, evidente, hacia las ventanas de los altos: una dama miraba calle abajo, hacia lo lejos; no veía su rostro, pero sí sus cabellos negros, peinados primorosamente.

¡Cuando yo pensaba que era morena!

Pero un día al correr desaforado, al escuchar la lùgubre campana de incendio —tengo efectivamente la manía de ser bombero voluntario— ví unos ojos azules que parecían sonreír al ver mi inmensa silueta correr en loca carrera, hasta zambullirme en un coche que partió á escape... Y esos ojos eran nimbados por una grandiosa cabellera rubia oscura, con visos bronceados.

La duda siguió molestándome y el vals, era de seguro el favorito, vibrando—; sí, parecía intencional! — sobre mi cabeza en las horas en que más ansiaba el silencio para poder trabajar en calma.

Varios días despues tras las presentaciones de rigor, me encontré sentado, algo cohibido, con las manos ridículamente abandonadas, sobre las rodillas, en el discreto salon de mis vecinas.

Era una tarde clara de invierno, el saloncito era simpático como yo me lo figuraba; había un ramo de flores sobre el piano, pero no eran violetas, sino flores de papel y de seda, talvez obra de la rubia que á mi lado miraba distraída por el balcon entornado.

La charla era insustancial y monótona, con grandes lagunas de silencio. Mi amigo,—el que me presenté,—un viejo conocido de la casa, y creo que pretendiente de una de las niñas, conversaba con la mamá, una señora rosada y simpática, de cabellera de nieve, comodamente reclinados en el gran sofá, que siempre es reservado en esos casos, para las personas de respeto.

Yo sentado en una sillita de madera dorada, tan frágil que no me atrevía á hacer el menor movimiento por temor á sus crujidos, entre la rubia lilial y la morena, provocante con un bositó sobre el labio superior, mantenía una charla cansada, que me afanaba por hacer algo espiritual. En un extremo del salon

un chico con cara de bobo, con los pies en los palillos de la silla, me miraba, me miraba con los ojos muy abiertos...

—Son ustedes muy aficionadas á la música ¿verdad?

—Sí, nos encanta,—respondió la morena, con su voz algo ronquita, en que parecíame debía arder el aliento.

—Es tan gradable la música, y tan buena amiga,—terminó la melancólica rubia, volviendo hacia mí sus ojos profundos como un lago que reflejara un cielo de verano, y que yo creí ver sonreír una vez, cuando corría por la calle atropellando á medio mundo, con una tohalla enrollada al cuello...

—Yo he oído tocar aquí un vals muy bello... muy bello. Tengo mi cuarto precisamente bajo el salon de ustedes y lo oigo siempre y... y me agrada muchísimo;—terminé con la cortedad de un estudiante al decir la primera galantería á su prenda, á la salida del Liceo.

—Oh! sí, es nuestro favorito! Talvez lo tenga á Ud. cansado, tanto lo habré oído.

Era un acento de sincero cariño la voz de la atrayente morena; ella debía ser la que no me dejaba trabajar en calma: se lo reprocharía con frases galantes é intencionadas.

—Es un vals, muy antiguo; pero, que como su título es siempre nuevo: se llamar «Amor»... y es de Ramenti.

Dulce y soñador era el acento bien timbrado, con raras melancolías, de la alba rubia. ¿Sería ella la que me obligaba á escucharla con la pluma en alto, suspensa, en esas caricias de notas?

Estaba dispuesto á averiguarlo, y lo averiguaría.

—Yo he pasado ratos muy agradables oyendo esa música; si no fuera impertinencia les pediría que...

—Como nó, si á nosotros nos encanta,—me arrebató la morena y empezó á rebuscar entre las piezas de música sobre una mesita de madera negra.

—¡Aquí está!

Dejó el laberinto de signos musicales, que resaltaban en la cartulina en que se leía «Amor», sobre el atril, mientras la rubia decía tímidamente con su voz de ensueño:

—Mamá, ¿porqué no tocas tu vals favorito? Al señor le agrada muchísimo, te lo escucha todos los días, porque tiene su cuarto bajo nuestro salon...

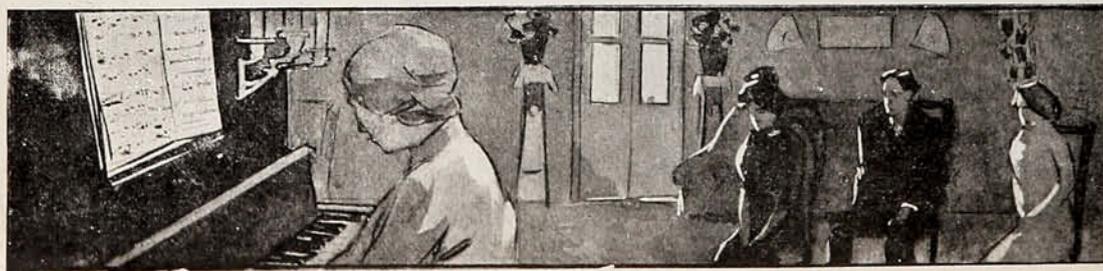
Se levantó sonriente la amable señora, y despues de darle varias vueltas al asiento de mimbre del piso del piano, sus dedos enflaquecidos, se deslizaron sobre las teclas, que poblaron la sala con las armonías de ese vals obsesionante...

Y mientras lo escuchaba comprendí porque encerraba el alma que le daba vida, las ardores de una morena y los ensueños de una rubia: la blancura de las canas envuelve todos los matices, todos los fuegos y todo: los sueños, en uno que se llama: color de recuerdo!...

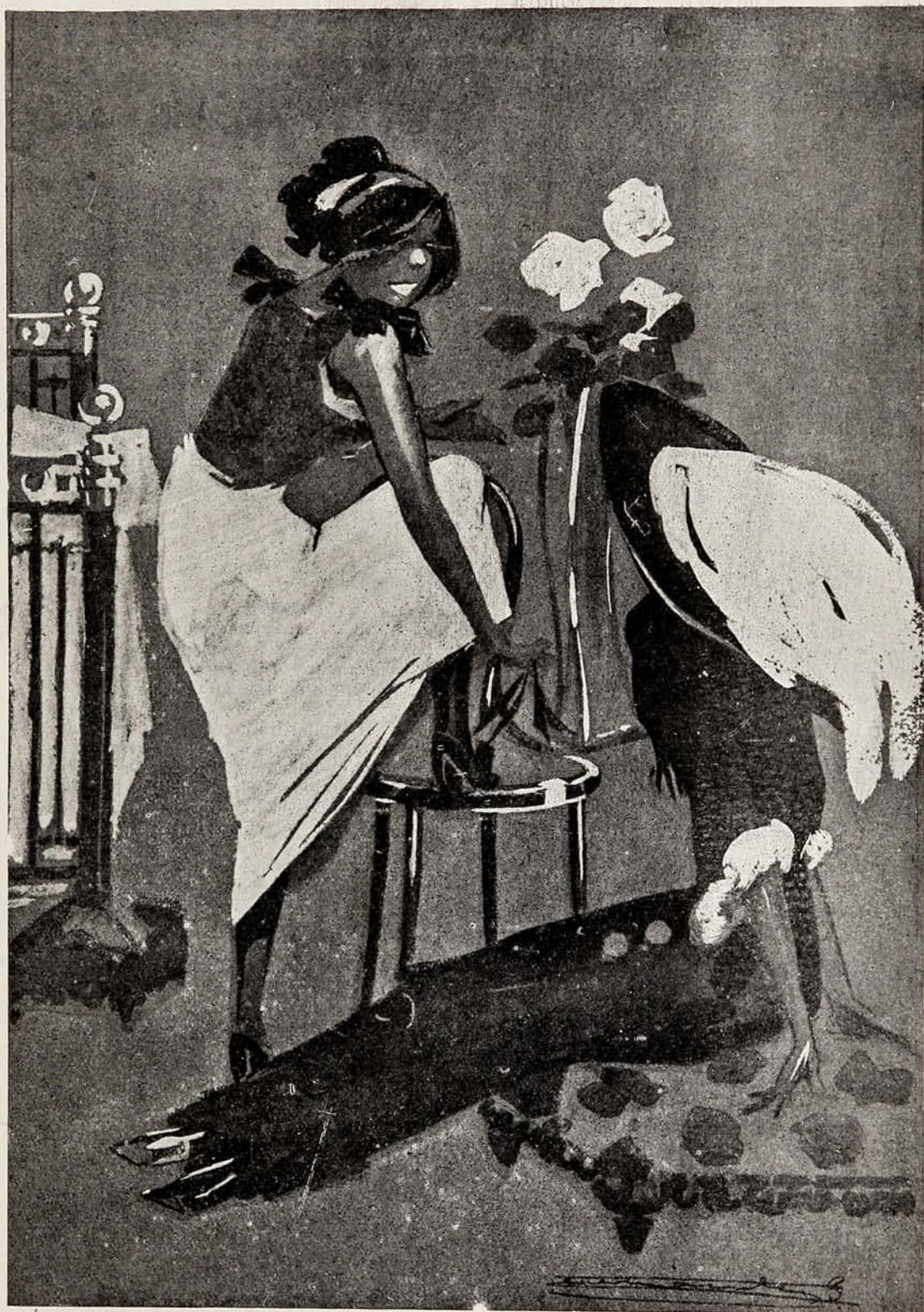
Desde ese día, aun cuando lo escuchaba á las mismas horas,—me dejó trabajar tranquilo el vals de mi vecina, el vals de arriba...

RENÉ HURTADO BORNE.

Mayo, de 1912.



ENTRE ELLAS



Dibujo de Fernandez.

—¿Sabes? Doña Luisa acaba de celebrar sus bodas de plata.

—Pensar que hay gente que celebra sus bodas de plata y una no tiene plata para celebrar sus bodas.

LA CENA DE PIERROT

Pierrot tiene mucho cerebro, mucho criterio; pero desgraciadamente éste último tiene por vecino á un corazón muy desobediente.

A pesar de que su cerebro niega la existencia de un verdadero amor, el corazoncillo juguetón anda siempre á caza de aventuras, arrojando flechas á imaginarios blancos...

Una noche invita á cenar á Colombina. Colombina es hermosa, tiene ojos muy brillantes, una boca muy fresca y unos senos perfectos...

Pierrot, enamorado cual mariposa de la luz, pide á Colombina la Rosa Ideal. Tanta es su insistencia que la muchacha échase á reír. Ella no conoce esa rosa... Jamás la ha poseído...!

—«Si quieres, puedo darte esta rosa...» dice Colombina, indicando la flor—rojo encendido—que, al temblar en el corpiño, trata de ocultarse en su seno...

Pierrot mueve la cabeza, obstinado... «Nó, nó... Esa rosa es muy vulgar... Toda mujer la tiene...»

La orquesta trina una melodía aflautada y las notas cobran ecos de cristales quebradizos...

Pierrot, ebrio de amor y champagne, canta versos, recita á Verlaine... Colombina indiferente, se preocupa del «menú»...

Pierrot suspira... Colombina, come...

El muchacho, ébrio, pirueteando sobre las sillas, arroja flechas al corazón de Colombina... ¡Pero no dan en el blanco! Tras los senos de Colombina hay una concavidad, un vacío, en el que se hunden las flechas, unas tras otras... ¿Y el corazón?... Como es tan pequeñín, tan insignificante, Colombina lo guarda en el estómago...

Pierrot lo comprende todo. El cerebro le grita ¡mentira! y su corazón hace; ¡ju-ju! cómo un niño llorón.

...Desilusionado, maltrecho, la aljaba vacía, Pierrot se duerme, borracho de tristeza...

El sol le besa en la cara y le despierta. Es de día. Colombina ha desaparecido...

Una puerta se entreabre, silenciosa... Un vejete cruza la estancia... Su rostro llamea de alegría... Su cabeza sádica, que la imaginación corona de pámpanos, lleva chistera... Las manos se frotan regocijadas; la lengua se pasea por los labios como buscando rastros de miel...

Pierrot abate la cabeza y llora... ¡Aquel vejete ostenta en el ojal la rosa roja de Colombina!

E. GARRIDO MERINO.



LA DOS RAZAS

Pasan á cada instante en sus carrozas,
en un derroche de riqueza altiva;
ellos solemnes, ellas caprichosas,
todos en pose... ¡Oh, la mentira viva!

El traje snob y el patchulí europeo
dan á su gloria corporal más brío;
es la raza del lujo y del deseo:
carne triunfal y espíritu vacío...

A mirarlos detiéndense los piños
del pueblo: las modistas; los obreros;
¡gente infeliz, me evocan á los niños
ante los saltimbanquis callejeros!

Después irán, en discursón oculto,
á protestar de la altivez burguesa,
siendo ellos que insiensen ese culto,
siendo ellos los que inclinan la cabeza.

ALFREDO GUILLERMO BRAVO.



ARMAS NO PROHIBIDAS



—Hombre, ¿y ese salchichón de Valdivia?
—Es para defenderme de los perros.

dos de su niñez: con verdadera complacencia fijábase en una admirable fotografía de un vapor, alejándose de la barra, desenredándose el humo en largos flecos negruzcos en el destefido fondo celeste de la tarde; la mitad del cuadro ocupábala el mar, al cual su imaginación prestábase vida y colorido: lo veía verde y movable, estendiéndose hacia la lejana línea del horizonte, miéntras en la playa rompíanse las olas en nubes de espumas; luego desbordábase su imaginación soñando con lejanos viajes, en la hermosura de su vida vigorosa y sana, donde ninguna pasión de la tierra alcanza á llegar, donde no hai sino dos fuerzas: el mar y el buque; la inteligencia domando el monstruo líquido como el jinete al potro.

¡Cuánto había deseado mil veces hacer un viaje en un buque de vela á los canales de Chiloé ó á las alturas de Coquimbo, dispuesto á trabajar como un grumete, enamorado del complicado mecanismo del valámen; i de la marcha del buque! Lo conocía todo: desde las balandras i lanchones, hasta las bergantines y goletas: para él eran como seres vivientes que poblasen la tranquila ría maulina, cerca de la desembocadura, donde siempre dibujaban en el azul claro, ó en el gris oscuro, sus mástiles cargados de cordeles y rondanas.

—Es el «Lircái», saliendo de la barra.

—No es el «Lumac», papá?

—No, el «Lumaco» tiene dos grúas en el palo de popa.

—Dos «plumas», papá.

—Sí, las llaman «plumas».

Como en el tiempo antiguo, el padre evocó con cariño sus primeros estudios en una escuela náutico de Bilbao; y hasta tuvo un jesto de tristeza por haber abandonado el mar, al cual los vascos tienen un cariño de siglos.

Las hermanitas habían dejado ya el comedor; y Ernesto las sentía cuchichear y reirse, preparándose para la visita.

Un dulce temblor subíale desde el corazón, un temblor de temperamento sensual ante la proximidad del placer; y en el grato adormecimiento de la digestión, el oía avergonzado el grito de su corazón: «mi Juana, mi linda beatita». Rióse de buena gana de sí mismo; preguntó al padre que fumaba silenciosamente su cigarro puro:

—¿Vas tú papá?

—No, hijo, iré un rato al Club. Quiero leer los diarios.

En ese momento, llamó en voz alta la hermana Sara:

—¡Ya nos vamos. Ernesto!

En la casa colocóse al lado de su madre. Respiró con fruicio la fresca marina que llenaba la atmósfera silenciosa y negra, donde brillaban estrellas, muchas estrechas, como solo se ven en los cielos de la costa; y la titiladora nube de

vir invadió su corazón, un deseo de apagar por completo su pasado: y trabajar físicamente hasta que hubiera arrojado de su espíritu las ideas falsas nacidas en el cerebro, con exaltación enfermiza. Con tanta fuerza se dedicaría al trabajo que al cabo de poco tiempo tendría un astillero propio; y lanzaría al agua su primer barco, ya que no su primer libro de versos. ¿Cual de los dos serviría más?

Ernesto veía el tomito de versos, perdido en el rincón de una librería, mientras el barco rodaba los mares, por cima de las olas, marcando su baupres siempre hacia adelante ¡Los versos sirvieron para conquistar á Juanita, los barcos probablemente me servirán para poseerla.

¡Dichoso el que es poeta á los veinte años, y desgraciado el que sigue siéndolo hasta los cuarenta!

Echó la ropa de la cama de un golpe, presa de alegre energía. Iría á casa del abuelo, á pedirle que lo tomase de aprendiz y luego pasaría por la casa de Juanita que habría ya asomado veinte veces su cabecita tierna y risueña, en el ángulo que forma en la ventana la cortina levantada.

Hundía con placer su cabeza en el agua fresca, cuando golpearon á la puerta:

—Eh ¡Qué hay!

—Soy yo, Ernesto... ¿Te traigo el desayuno?

Reconoció la voz de la hermanita mayor. Se acercó á la puerta con una idea súbita; y limpiándose la cara, llena de agua:

—Oye Sarita... ¿Y la Juana? ¿Se acuerda de mí?

—Sí; ya lo creo que se acuerda. Cuando supo que llegabas se volvió loca de contento... Te quiere mucho la Juana, Ernesto dijo con tono serio, respetando el amor como algo misterioso y grande, profundo y bello...

Ernesto guardó silencio. Su hermanita Sara era rubia y alta, con hermosos ojos verdes, esbelto y cimbreante el talle.

De pronto sonrió alegremente:

—¡Te cortaste el pelo, Ernesto!

—Ah, sí...

Y notándose desnudo, y con el cabello enmarañado, agregó...

—No me traigas el desayuno á la pieza. Se me han quitado en Santiago esas regalías...

Se vistió rápidamente. Tenía deseos de inspeccionar la casa, y sobre todo de ir á un rinconcito del jardín, donde había leído sus primeros libros, bajo una glorieta cubierta de hiedra, arrullado por el concherto de trinos que en una pajarera próxima, formaba un centenar de canarios de la hermana Sara. El pueblo se bañaría á esa hora en el

dorado sol de la mañana, una mañana otoñal tibia y perfumada. ¡Qué bella estaría la playa con sus grandes rocas, su eterno oleaje, bordando la costa con el níveo encaje de la espuma; y confundíendose en el cielo límpido allá, en la lejanía tristísima, las verdes rugosidades de sus ondas! O el paisaje ribereño, enteramente peculiar del río Maule que forma en su desembocadura una especie de lago ovalado, donde como un ojo enorme pone una mancha verde-oscura en una sábana azul un pequeño islote cuajado de vegetación! Podrán las costas parecerse todas, aunque ninguna tenga la magestad enorme y tranquila de la costa maulina, ni su misterio geológico escrito en los bloques ciclópeos de formas caprichosas y bellas, recordando la arquitectura serena y grandiosa de los templos, pero en ningún río he visto este paisaje severo y potente, donde el cielo parece empequeñecerse ante la franja azul del río que ha abierto la montaña y se desliza en su lecho, aprisionado por bosques, por hondas quebradas que semejan sangrientas heridas de la tierra con los copihues que se enredan en los boldos y maitenes, y tificen con intensos regueros rojos, el verde metálico característico de los árboles chilenos!

Esa evocación intensa y vigorosa, reforzaba su pensar: ante una naturaleza tan bella y tan potente no podía el hombre permanecer inactivo: en la quieta pasividad del paisaje ribereño adivinaba una oculta fuerza, un lento destilar de agua en la tierra como si el río fuera un pulmón que llevara la fecunda humedad á las mismas entrañas del globo.

¡Qué lejos habían volado sus recuerdos de Santiago, sus penosas trasnochadas, ante las pruebas que incesantemente piden las cajas, mientras una confusa red de hierros, poleas y manivelas, palancas y ruedecillas forman un traqueteo incesante y monótono como el trepidar de una máquina de vapor. ¡Sus luchas literarias junto con sus amigos, los jóvenes escritores que habían echado sus hombros la penosa tarea de crearle una literatura vigorosa y sana, á este país de comerciantes y de políticos!

La lucha infructuosa de toda una pléyade de admirables facultades, obligados á hacerse periodistas, y haciendo de la obra literaria algo así como un placer de día festivo. ¿Había en realidad, un escritor de talento en todos ellos? Tal vez no; todo un ejército de escritores de segundo orden, casi todos con facultades superiores á las de ellos, forman en España la retaguardia de Pérez Galdós ó Blasco Ibáñez. En Chile hay escuelas, sin que haya en realidad literatura; y conoció un escritor, escritor de costumbres de mediano talento descriptivo y de desolada insignificancia psicológica,

que en sus ratos de confianza confesóse como el fundador de un género literario en Chile. ¡El pasó entre todos ellos asombrado y triste: cada paso que daba era un desengaño; y un desengaño más era un ensueño ménos. ¿Pero eso era el arte? ¿Esa explosión de envidias y celos era la hermosa conquista literaria? No había en ellos, nó, esa emulación que consiste en reconocer el talento del contrario, que formó ese triunvirato de la novela francesa, Daudet, Maupassant, Zola, en que «Jerminal» tenía por contestación «El Nabab» ó «El buen mozo». Nó, en Chile aparecía un libro y la contestación era un libelo ponzoñoso de un escritor rival,

Luego la mofa del público para quién el escritor joven es un ente ridículo y mísero que sirve á lo sumo para hacer reír á las jentes; mal endémico este de la payasada. En Chile se sufre del mal de pretender de ser ingenioso; y se cae comunmente en la cuchufleta chabacana. Este mal no está solamente en la clase instruida: está arraigado en los más profundo de las bajas capas sociales, donde no es raro encontrar rotos transformados en «tonis». Ahora bien, tampoco es raro encontrar estos payasos populares entre ciertos periodistas... Toda esta pequeñez, esta falta absoluta de nobleza en las ideas; y esa facilidad pasmosa para crearse genios, hundian su espíritu en un tedio fatigoso e incurable, del cual sentíase libre en esta pura atmósfera portefía; en medio del tibio ambiente del hogar. Ahora encontraba ridícula pedantería sus antiguos alardes de hombre genial, su sátira inquisitiva en contra de todo el mundo; y una suave tranquilidad, un dulce despertar de aurora, bañaba sus ideas rejuvenecidas.

V

—¿Conque á casa de Juanita, el poeta?

—Es que á Ernesto le agrada lo místico, papá...

Como ella ha sido el agente literario que has tenido en Constitución.

Esta broma del padre tuvo éxito. Ernesto rióse de buena gana. Sabíase que Juanita Gonzalez no conocía otros versos que los de Ernesto.

La pequeña frialdad entre el hijo y el padre se había borrado y Ernesto lo observaba con cariño, encontrándolo ingenioso e inteligente. Tenía muy vivos y tiernos los ojos; y en su rostro la dentadura blanca y cuidada era una nota simpática y atrayente...

Era la hora de la comida, y se bebía tranquilamente el café, en la gran mesa de familia que le traía tantos recuer-

MADRIGAL

Perfumada del pólen de las flores,
errante del panal, llegó una abeja
y comenzó á aletear junto á mi rostro
con porfiada insistencia.
¿Qué buscará? me dije ¿Qué dulzura
podrá ofrecerle mi eternal tristeza;
qué la amargura de cruzar la vida,
arrastrando el grillete de las penas?
Me olvidaba de tí; de que aún tenía
de esa tu boca perfumada y fresca
el sabor de los besos, de los últimos...
¡Y comprendí á la abeja!

CARLOS ACUÑA NUÑEZ.

©

LA VECINA MISTERIOSA

I

Cuando se alejan las golondrinas,
cuando la tierra se torna gris,
riega sus flores descoloridas
la niña blanca como el marfil.

¿En qué remoto pais de ensueños
sus dolorosas pupilas ví?
Vela un estraño signo de muerte
de sus ojeras la mancha gris...

Húmeda y fresca sopla la brisa;
la tierra opaca y el cielo gris;
cada mañana se vé mas pálida
la niña blanca como el marfil.

¿De donde viene?... Sigue la ruta
de algún lejano blanco pais?...
Há cuántos siglos y en qué misterios
sus dolorosas pupilas ví?...

II

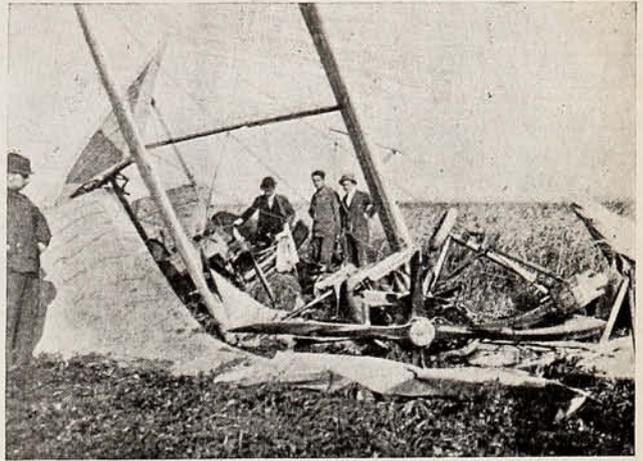
Esta mañana no ví á la niña
regar sus flores de tinte gris;
jemir parecen, bajo la bruma,
los amarillos juncos de abril.

Es media noche. ¿Quien ha pasado,
ser invisible, cerca de mí?...
Cae la lluvia siempre monótona;
aulla un perro tras del jardín.

Hace ya tiempo que mi vecina
descansa bajo la tierra gris...
¿En qué remoto pais de ensueños
sus dolorosas pupilas ví?

A. MAURET CAAMAÑO.

UNA CATÁSTROFE AÉREA



Colisión de dos aeroplanos en Broyelle, entre el capitán Dubois
y el teniente Feignant.

ASIÁTICA

Tal como en aquel biombo que tu mano bordara
Para aquella kermese romántica y dulzona,
En tus ojos de almendras se plagia Yoshiwara
Bajo el cuerno enigmático de la luna nipona.

Amo tu salón, donde tu silueta menuda
Se adorna entre abanicos teñidos de carmín,
Donde tu boca enreda oraciones á Buhda
Y tus ojos devoran estampas de Pekin.

Yo lo sé. Lo adivino. Lo veo. Lo presiento:
Tú eres la Princesita de un viejo encantamiento.
En una gruta de oro te guardaba un dragón...

Por eso tu figura exótica y soñada
Me recuerda una pálida muñeca delicada
Que he visto hojeando un libro de cuentos del
[Japón...]

©

Á TÍ

Con fieras ironías á veces me sonrío
Al pensar en los lances de mi amor colejial,
Ahora que en la frente me ha besado el hastío
Y he gustado el veneno de las flores del mal.

Tú, que por saborear mis citas junto al río
Olvidabas la clase de historia natural,
Te burlas con crueldad del pobre ensueño mío
Que yo tejí leyendo libros de Paul Feval...

Yo que me río de eso, aún tengo guardadas
Tus cintas, tus retratos, tus cartas perfumadas,
Como una historia triste que me quedó de tí...

Y tú, la mujer seria, lujosa y atrayente,
Que se ríe de aquel amorío inocente,
A todas tus amigas les conversas de mí...

DANIEL DE LA VEGA.



Sr. O. H. A.—Temuco.—Su “épicedio” tiene muchos versos defectuosos y faltos de sentido. Además la adjetivación es vulgar.

Sr. R. O. M.—San Antonio.—Las rimas de su “Sonto de Otoño” son pobrísimas, y el tema es parecido á las rimas.

Srta. A. C. H.—Pte.—Para ser colaboradora no necesita pagar. Envíe algo y veremos.

Sr. R. O. R.—Presente.—Sus sonetos tienen siempre el mismo defecto: las rimas vulgares. Y esta clase de composiciones lo que más exige es la forma impecable.

Srta Celia.—Presente.—Ensaye más ante de enviarnos algo. Su prosa es falsa en el fondo y vulgar en la forma.

Sr. H. Y. R.—Su “Día de invierno y desol” y su “Verano” tienen un ambiente delicioso, pero las combinaciones entre versos de seis, siete y ocho sílabas, suenan mal al oído. Pero de todas maneras, se publicarán cuando llegue su turno.

Sr. C. I. D. L.—Presente.—Acabamos de saber que su composición “El Espino” ha sido publicada en otra revista de la localidad. Le rogamos que sólo nos envíe trabajos inéditos.

Sr. E. M. H.—Presente.—Su “Crepúsculo” es poco poético. Pero Ud. escribe bien. Mande otra cosa.

Sr. J. C.—Talca.—Estamos ya fatigados de publicar capítulos de novelas en preparación. Si hemos hecho esa concesión á algunos de nuestros colaboradores es debido á la reputación de sus firmas. Los originales no los devolvemos. Envíe otra cosa.

Sr. H. Melendez O.—Valparaíso.—Hemos recibido su envío y su atenta carta. Lo consultaremos con el director artístico.

Sr. A. M. B.—Chanco.—Por correo va un número. Envíenos un trabajo y veremos.

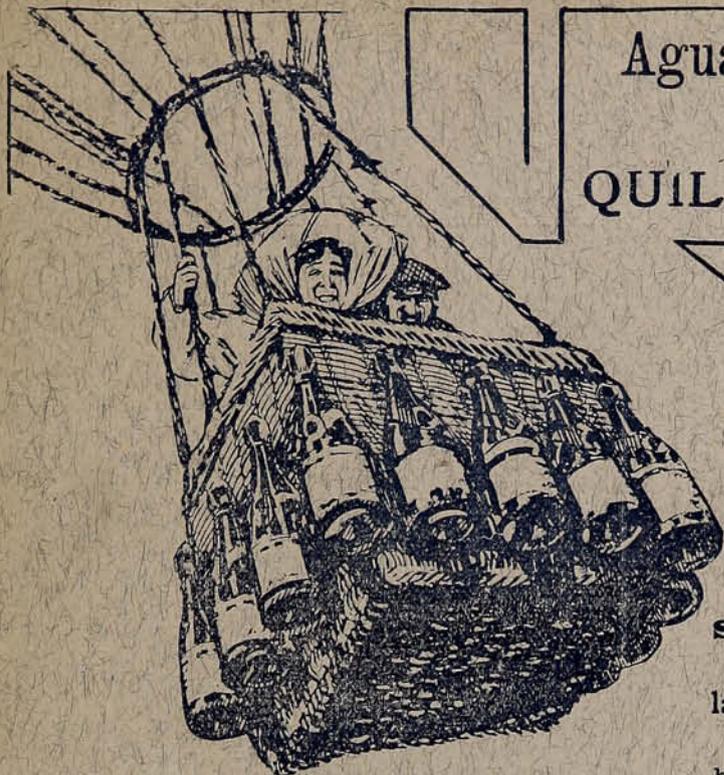
Sta. E. V. S.—San Bernardo.—Aunque siempre estamos dispuestos á ser corteses con el bello sexo, no podemos publicar sus versos, porque no son tales. Además, los cuentos en verso están pasados de moda.



Por las rosas principescas
De sus mejillas rosadas
Pasan gracias picarescas
Como alondras en bandadas...



Y la causa de este bien
Que esta muchacha risueña
Ha usado desde pequeña
Crema Harem.



Agua Mineral
Fuente del Indio
QUILLOTA



Sana, Agradable, Digestiva
La mejor para acompañar
las comidas.

Imposible pasar sin ella después de
haberla probado **una sola vez.**



Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe
duda de la tersura
y limpidez que ad-
quiere un rostro.

Jabones

**PRODUCTOS
JUNOL**

Esencia



ÚSELOS UD. TAMBIÉN

JUNOL



LOS PRODUCTOS JUNOL

Rejuvenecen dan al cútis
una trasparencia verdade-

Polvos

ramente envi-
diable. : : :

Cremas

PRUÉBELOS-JUNOL-PRUÉBELOS

Elegancia

Buen tono



Huérfanos

ESQ.

ESTADO

CASA

Huérfanos

ESQ.

ESTADO

FRANCESA

Moda



Chic